

Flores del alma: poesías

María del Pilar Sinués (1835-1893)

A Dios
A la niña
A la Virgen María
A mi lira
A un gorrión
A una aldeana
A una tórtola
Amor materno
El amor del moro
El canto de un jilguero
El estío
El invierno
En el álbum de la eminente actriz Matilde Díez
En el álbum de la simpática artista
Teresa Rivas de Quintana
En el álbum de Emilia Príncipe
En el álbum de una niña
En la corona fúnebre de Elisa
En una corona fúnebre
La esencia de las flores
La luna, la aurora y el sol
La luna y el mar
La flor del valle
La primavera
La sultana de Alí-Atár
La vuelta de las aves
Las nubes y el viento
Melancolía
Un acento de amor
Un suspiro a mi cielo
A la Virgen
A mi lira
A un ramo de violetas
Estrellas y luceros
Nise

Obra completa:

Sinués de Marco, M. P. [María del Pilar]. (1860). *Flores del alma: poesías*. (Barcelona: Establecimiento Tipográfico de Narciso Ramírez).

<https://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000247009>

A Dios

Señor, del alma mía las tiernas, puras flores,
Con mano confiada ofrezco hoy en tu altar:
Recíbelas propicio, Señor de los Señores,
Que tu divino soplo hiciéralas al alma brotar.

Tú animas al poeta: la lumbre de tus ojos
En llama fulgurante enciende el corazón,
Y tu sonrisa dulce arranca los abrojos
Que encuentra en su camino la sacra inspiración.

Las obras del talento caducan y perecen
Si no tienen por base la límpida virtud;
El mundo da coronas que lánguidas fenecen
Y no llegan siquiera a ornar el ataúd.

La flor de la lisonja, la flor de la hermosura
Son flores inodoras que mueren al nacer;
Hay otras que nacen de eterna galanura
Que aroman la existencia de mágico placer.

Mi lira de poeta tu mano ornó con ellas;
Paciencia, mansedumbre y augusta fe me dió:
Mis horas de trabajo corrieron siempre bellas
Y en sed de eterna gloria el alma mía ardió.

Señor, tú eres el justo: Señor, tú eres el fuerte:
Tú, de las almas buenas, la guía y el sostén:
De vaga poesía circundas a la muerte
Si, tras sus sombras, abres las puertas del Edén.

En vano los impíos la gloria del talento
Por premio a su impureza pretenden alcanzar;
Que tú eres la ternura, tu amor el sentimiento,
Y solo a ti te es dado la mente iluminar.

Tú envías desde el cielo diademas brilladoras
Que eternas simbolizan la plácida virtud:
Tú diste a los profetas sus cítaras sonoras
Y templas, amoroso, mi cándido laúd.

La flor es tu sonrisa; tus ojos las estrellas;
Tu cólera el rugido del trueno bramador:
El cielo que admiramos, la alfombra de tus huellas,
Y el sol vivificante los rayos de tu amor.

Tú guías las batallas con brazo prepotente:
Tú muestras los abismos recónditos del mar,

Del mar embravecido, a quien dijiste: “¡tente!”
Y humilde y tembloroso tu valla va a besar.

Consuelo de las madres y amor de los ancianos
Del Dios tres veces santo el nombre augusto es;
Las cándidas doncellas a ti elevan sus manos
Y cuanto el orbe encierra prosternase a tus pies.

Señor, que al ave diste su nítido plumaje
Y al puro, hermoso cielo va vívido arrebol;
Y diste al bosque umbrío su sombra y su follaje
Y el disco deslumbrante al rojo, ardiente sol.

Señor, que el alto monte, y el valle y la pradera
Con sola una palabra hiciste florecer,
Y el faro de la luna, pálida y hechicera,
Tus ojos sacrosantos supieron encender;

Admite el ramo humilde de aquestas puras flores
Que en tu ara excelsa y santa me atrevo a colocar;
Conmigo te lo ofrece, Señor de los Señores,
El ser con cuyo nombre te quise yo ala enlazar.

Que si de dulces consuelos llenaste el alma mía
Trocándola, piadoso, en plácido vergel,
Al par de mi cariño creció mi poesía,
Mi pluma preservando de amarga y pura hiel.

¡Oh! ¡Gracias, Rey de Reyes! Tu mano soberana
Escudo de amor santo, sublime me otorgó,
Y hundiendo a lo más hondo la vil escoria humana
El himno de tu gloria triunfante levantó.

Señor de los Señores, que llenas los espacios
Y miras a los siglos rugir la tempestad,
Señor, que del orgullo derrumbas los palacios
Al par que das al triste tu manto de piedad:

Tu nombre es mi alegría: yo admiro tu presencia
Al ver las blancas nubes, el pájaro y la flor,
Y leo hasta en mi vida tu augusta omnipotencia
Por más que me acongojen las olas del dolor.

Que entonces, resignada y humilde, alzó las manos
Al Dios que al pueblo hebreo mostróse en Sinaí,
Y tú a mi frente bajas los ojos soberanos
Y escucho que me dices: “¡descansa y ven a mí!”

Y si aun tenaz la pena nubla el alma mía
Me vuelvo hacia el Calvario en busca de la luz.
Y allí, del Hijo tuyo contemplando la agonía
Y calma y mansedumbre devuélveme su cruz.

Señor, tú eres el justo: Señor, tú solo el fuerte:
Tú de las almas buenas la guía y el sostén:
De vaga poesía inundas tú la muerte
Si, tras sus sombras, abres las puertas del Edén.

La gloria del talento se debe a tu clemencia:
Jamás la espera el hombre del negro orgullo vil.
Que alumbra tu sonrisa la humana inteligencia
Cual abre los capullos que brotan en Abril.

Yo a ti mi ruego envío, Señor, cuando mi pluma
Mi pobre y débil mano desea sostener,
Y tú, mi ruego oyendo con santa bondad suma,
Rodeas mi trabajo de dicha y de placer.

Jamás el desaliento mi pecho ha fatigado,
Jamás de negra envidia hirióme el agujón,
Y en medio de la lucha tranquilo ha conservado
Su paz y su alegría mi joven corazón.

Mi plácido sosiego de ti solo proviene,
Tu nombre sacrosanto mi égida santa es;
Tu mano poderosa la vida me sostiene
Y todos mis pesares se calman a tus pies.

Por eso, confiada, las puras, tiernas flores
Del alma mía ofrenda, colocó hoy en tu altar:
Recíbelas, piadoso, Señor de los Señores,
Que tu divino soplo hiciéralas brotar.

Madrid, abril de 1849.

A la niña

Niña gentil y graciosa,
Que, risueña y peregrina,
Abres tus radiantes ojos
A la hermosa luz del día;

Gloria de tu joven madre
Que, con blanda y dulce lira,
Las lides y las proezas,
Cantó de mi patria invicta;

Y cantó de nuestros valles
Las murmuradoras brisas,
Y el susurro de las fuentes
Que entre musgos se deslizan;

El amor y los cuidados
Rodean de tu cuna !oh, niña!
Y es tu hermoso nombre emblema
De una corona divina.

Cuando a sus sienes tu madre
Cien y cien laureles ciña,
Quizá llevarás tu frente
También de laurel ceñida.

Tú también tendrás, mi Gloria,
Una enamorada lira,
Y heredarás las virtudes
Que en tu buena madre brillan.

Cual ella, doble corona
Llevará tu sien ceñida:
Una espléndida y fulgente,
Otra aromada y bendita.

Oye, hija mía, un consejo
Que, envuelto en una caricia,
Escribo en tu blanco libro
Porque le veas un día.

Sé siempre buena y modesta
Y, si fueres poetisa,
Los rayos de tu talento
Darán una luz divina.

Si escuchas que la existencia
Está sembrada de espinas,

Y que es estrecho y sombrío
El camino de la vida;

Si es que alguno el mal te muestra
En la copa de la dicha,
Y con pérfidos consejos
Tu candidez extravía,

Aparta el dorado vaso
De tu boca purpurina,
Que ofrece a la vista flores
Y está colmado de acíbar.

Ama a la virtud, bien mío:
Si sientes la planta herida
Por los abrojos que broten
Ante tu asombrada vista,

Vuélvela con fe a los cielos,
Y tus brillantes pupilas
Verán, detrás de las nubes,
A la imagen de María.

Astro de amor y esperanza
Es nuestra madre querida,
Y ella aconseja y alienta
A las candorosas niñas.

Ella valor ha de darte,
Si le rezas con fe viva;
Y hasta endulzará tu llanto,
Si es que lloras algún día.

Y así, inspirada por ella,
Podrá tu voz argentina
Combatir de los ateos
La amarga filosofía.

Cuando de la vida triste
Te enumeren las espinas,
Tú les mostrarás las flores
Que nos encantan la vida.

Tú les dirás que en el mundo
También existe la dicha,
Y que es, mejor que su ciencia,
Tu inocente poesía;

Y que llevas en la frente
Una corona divina.
De virtud y de talento
Que tu sienes acaricia

Consérvala con cuidado,
Guárdala mientras existas,
Y... ¡dichosa tú, si logras
Que, al verte tan bella, digan!

—"¡Gloria es de nuestro Parnaso
Su brillante poesía,
Y la vida de sus padres,
Con sus rayos ilumina...!"—

Madrid, Febrero de 1860

A la Virgen María

¿Por qué, Señora, mi doliente lira
Ni un cántico de amor te ha consagrado,
Cuando tú eres el numen que me inspira
Y a tus plantas sus ecos han brotado?
Si el alma amante por tu amor suspira,
Si es tuyo el corazón enamorado,
Si tú eres el imán de mi alegría,
¿Por qué no te canté, Señora mía?

Quizás temía, refulgente estrella,
Hasta ti alzar la voz en mi ignorancia,
Aunque escuchabas mi infantil querrela
En los serenos días de mi infancia:
Tal vez, nevada flor, cándida y bella,
De cáliz puro y celestial fragancia,
No encontré notas, para ti armoniosas,
Ni canciones hallé bastante hermosas.

Primer amor de todos mis amores
Tú fuiste en mi tranquila adolescencia,
Y tu nombre curaba mis dolores
Con su aroma de paz y de inocencia;
De mi aciago destino los rigores
Calmaba tu mirada de clemencia
Y fuí bajo los pliegues de tu manto
A verter el raudal del primer llanto.

Cuando el velo de esposa mi cabello
Envolvió con sus cándidos cendales,
Mis ojos levantó á tu rostro bello
Para buscar tus ojos celestiales.
Y al contemplar su célico destello
Cesaron de mi llanto los raudales,
Que en su esplendor risueño yo veía
Una esperanza de la dicha mía.

Esperanza dichosa, Virgen santa,
Que al fin, gracias á tí, veo cumplida,
Y mi voz cada instante se levanta
Tu amparo á bendecir reconocida:
Y aunque hartos débiles mi mortal garganta
Para expresar mi gratitud rendida,
Yo sin temer de tu bondad agravios
Me duermo con tu nombre entre los labios.

Desde la vez primera que la pluma
Mi mano juvenil asió turbada,
Yo, María, invoqué tu piedad suma
De las profanas musas apartada.
Pura tú, cual del mar la blanca espuma,
Eras mi luz, mi amor, Madre adorada,
Y te pedí con súplica ferviente
Una hoja de laurel para mi frente.

—Si alguna vez,—te dije—el arpa mía
Puede elevar un eco melodioso,
Yo le consagraré, dulce María,
A tu nombre purísimo y hermoso.
Sus ecos rudos por la tierra umbría
Ampárelos tu influjo generoso
Y haz ¡oh, Madre! conserven la inocencia
De tu angélico ser preciosa esencia.

Cuando quieras mi voz, tu sacro dedo
Llega á mi corazón, dulce Señora,
Y verás como entonces con desnudo
Suenan armoniosa el arpa vibradora.
Mas, si inocente ya cantar no puedo,
Rompe la vil garganta é insonora
Deja mi lira impura en aquel día
Por siempre hundiendo mi esperanza impía.

¡Gracias, gracias, Señora! Mi garganta
Inocente hasta aquí tú conservaste!
Solo para ensalzar la virtud santa
Mi genio creador siempre inspiraste!
¡Oh! gracias, Madre mía! Si levanta
Hoy mi lira esta nota, es que tocaste
Mi corazón y colmas mi esperanza
Mandándome cantar en tu alabanza!

María! nombre dulce y armonioso,
Primer acento que sonó en mi boca;
María! Ser angélico y hermoso
Que, desde que vivo, amé con ansia loca!
María! Escudo fuerte y amoroso!
Para mi intenso amor, la vida es poca,
Y por cada favor darte quisiera
Un corazón que por tu amor ardiera!

¡Bendita seas, celestial estrella!
Bendita ¡oh tú! mi cariñosa guía,
Cándida antorcha refulgente y bella,

Estro de mi inocente poesía!
Conserva en su pureza la centella
Del numen que me diste, madre mía,
Pues si bendices tú mi pobre pluma
Tendrá un reflejo de tu gloria suma!

Madrid.— Septiembre de 1857.

A mi lira

¿Por qué te abandoné? ¿Por qué, inclemente,
Plácida y dulce compañera mía,
No te acaricio ya, cual otro tiempo,
Y te dejo olvidada tantos días?

Yo te encontré en el valle una mañana
De la copa de un árbol suspendida,
Y, al verte, me detuve a contemplarte
Con mi inocente candidez de niña.

Una paloma de color de cielo
En las ramas del árbol se cernía
Y llevabas la frente coronada
De blancas y rosadas campanillas.

De improviso, sentí de dulce llanto
Inundarse mis cándidas pupilas,
Y al corazón que, en mi inocente pecho,
Con extraño latir se estremecía.

Y era que con sus alas la paloma
Acarició tus cuerdas peregrinas;
Y un sonido lanzaron que a mi alma
Diérame un mundo de contento y vida.

Vi entreabrirse los cielos: los querubes,
Que el trono de la Virgen circuían,
Entonaron un himno de amor lleno
Que mi entusiasta corazón bebía.

Éxtasis fue que reveló a mi alma
Que hay otro mundo de ventura y dicha;
Y a la madre de Dios vi que, risueña,
Entre nubes al valle descendía.

Desprendióse del árbol: en mis manos
Púsose al fin con celestial sonrisa,
Y me dijo con voz, que desde entonces
En el fondo quedó del alma mía:

—“Esta es tu compañera: para siempre
Consérvala tu amor, hija querida,
Y no desprendas de su frente humilde
Esa corona de altivez sencilla.”

“Toda la dicha, que en tu vida cabe,
Te la ha de dar tu enamorada lira,

Ecos de bendición son sus acentos
O dulces ecos de alabanzas mías.”

Dijo, y desapareció: su voz celeste
Yo escuché, postrada de rodillas,
Y, al alejarme, la tomé en mis brazos
Como a una tierna y cariñosa amiga.

Cuando, a la tenue luz de las estrellas,
Me trajo el sueño arrulladora brisa,
Suspendida quedaste de mi cuna
Y mi sueño encantó tu compañía.

Cambiáse mi destino: a todas partes
Conmigo te llevé, mi dulce lira,
Y en ti buscaba mi consuelo solo,
Si el dolor me agobiaba de la vigilia.

De duelo y de pesar eran tus ecos
De mi vida en las páginas sombrías;
Y con ecos de amor y de esperanza
Celebrabas, alegre, mi sonrisa.

Mas luego te olvidé: que me dijeron
Que el mísero metal compra la dicha,
Y oíste al oro, en estridentes sonos,
Que de tu casta sencillez reía.

Por eso enmudeciste: yo, en mal hora
Atenta a contemplar el ansia impía
Con que corren los míseros humanos
A gozar el festín que llaman vida,

De ti me separé: vi tu corona
A mis plantas caer seca y marchita,
Y te quedaste, encanto de mis ojos,
Silenciosa, olvidada y abatida.

¡Ay! ¡También mi corona de ilusiones
La dura suerte convirtió en ceniza,
Y el loco mundo, que miraba ansiosa,
Mi triste frente coronó de espinas!

Y allí, en la cabecera de mi lecho,
Tú me has visto doblar la sien herida:
Tú me has visto llamar tiempos mejores
Y has recogido las plegarias mías.

Hoy me vuelvo a tu amor: ingrata he sido,
Ingrata para ti, mi dulce amiga;
Pero yo te prometo para siempre
En el alma guardar tus melodías.

Horas serán de afán las que consagre
Al rudo empeño de ganar la vida:
Las horas de dolor, serán la prosa;
Las horas de placer, la poesía.

Vivirás para mí: y en amor santo
Volveremos a estar por siempre unidas,
Que solo con amor pagar podemos
Los dones que los cielos nos envían.

Cantemos a las madres y a los niños:
Cantemos del amor la luz bendita:
Cantemos la virtud, la paz del alma...
Y Dios recogerá nuestra armonía.

Y en vez de la corona que perdiste
Cuando te abandoné, mi pobre lira,
En tu frente pondré el nevado velo
Que mi frente ciñó, cuando era niña.

Y entre el tenue tejido de su gasa
Brotarán los amores, las sonrisas
Y de la infancia los halagos puros
Que irán a acariciar tu sien marchita.

Cuando juntas cantemos, en sus pliegues
Dejarásme ocultar con alegría,
Y detrás de mi velo de inocencia
Quedarán las tormentas de la vida.

Madrid. — Setiembre de 1859.

A un gorrión

¿Qué buscas, pajarillo?
¿Qué buscas en mi estancia?
¿Por qué, medroso y triste,
Bates así las alas?

¿Quién te persigue? Acaso,
Avecilla cuitada,
¿Se deshizo tu nido
Con las lluvias pasadas?
¿Acaso la tormenta,
Que tanto me asustaba,
La encina ha destrozado
Donde tú reposabas?

¡Infeliz avecilla!
Ven, recobra la calma;
Ven, perderás el frío
En mi seno abrigada.

¡Dios mío, cómo tiembles!
Me dan pena tus ansias.
¿Acaso de algún tiro
Huiste amedrentada,
Y perdida viniste
A dar en mi ventana?

Si es así, yo he formado
En la verde enramada,
Un primoroso nido
De nardos y de acacias
Mezcladas con jazmines
Y campanillas blancas.

Su cimientó sostienen
Dos troncos que se enlazan
Y está cubierto de hojas
Y yerbas perfumadas.
A mi tórtola ausente
Mi amor lo dedicaba,
Porque bajo este cielo
Creía yo encontrarla...
¡Ha tanto que la aguardo!...
¡Y es ella tan ingrata
En no volver!... Mas esta
Es una historia larga

Y tus ansias mortales
Me están llegando al alma.

Si ha deshecho tu nido
Inclemente borrasca,
Vete, pobre avecilla;
La atmósfera azulada
Cruza y tiende en los aires
Las plumas de tus alas.
Vete, busca mi nido
En la verde enramada
Allá donde se empieza
La vega solitaria,
Y vive en él, que nunca
Ya tornará la ingrata
A quien volví piadosa
Su libertad amada,
Pidiéndole tan solo
Que, al ver lucir el alba,
Viniese a dar su arrullo
Al pie de mi ventana.

Y... mira, pajarito,
En mi cuarto una jaula
Ya para encarcelarte
Tenía preparada,
Vengando en tu inocencia
Su ingratitud bastarda.

Pero no: no quiero...
Tiende al aire tus alas,
Vuela a buscar mi nido;
Nada te exijo, nada,
Para que no me faltes,
Cual ella, a su palabra.
Torna... cuando quisieres,
Y si ves a la ingrata,
Si la ves, pajarillo,
Y es que tú puedes, tráela,
Porque con mis caricias
Anhelo castigarla.

Mas tus ansias mortales
Me están llegando al alma:
Déjame darte un beso
En tu cabeza parda
Y... adiós: posa en el nido,
Que formé entre las ramas,

Y... ¡ojalá en él descanses
Y halles en él la calma!

Cascante de Navarra.— Octubre de 1855.

A una aldeana

Dime, linda serrana,
Que atraviesas cantando la pradera
En la fresca mañana,
Tu oscura cabellera
Recogida en un lazo de oro y grana:

¿Quieres tú por mi traje
Cambiar esa basquiña tan airosa?
¿Quieres por el ramaje
Que hay en la selva umbrosa
Cambiar de mi aposento el cortinaje?

Dí, tu rebaño hermoso
De blancas ovejuelas amorosas
Que acude presuroso
Tus manos tan graciosas
A lamer afanado y cariñoso;

¿Trocáras, por ventura,
Por esa turba vil y aduladora
Que en toda desventura
Se aparta del que llora
Y un puñal en su seno hunde traidora?

¿Por el amor del mundo
Trocáras el cariño de tu amante,
Cariño sin segundo,
Grande, puro y constante,
Flor que no nace en este fango inmundo?

Tus prados, tu rebaño,
Tu amante y de tu pecho la alegría,
Por mi mundo de engaño
Y la tristeza mía
¿Quieres cambiar?... te espera un desengaño!

De lágrimas velados
Jamás se miran hoy tus negros ojos,
Los míos azulados
De llorar están rojos,
Y Dios los hizo puros y rasgados!

¡Oh! Si bajo tu cielo
Yo los pudiese abrir, linda serrana!
Verías con que anhelo

Al nacer la mañana,
Buscaba en él un rayo de consuelo!

Nunca ese firmamento
Quieras trocar por otro menos puro!
Mira que tu contento,
Tan dulce y tan seguro,
Quedará en tu dichoso apartamiento!

¡Nunca el amor del valle,
Que te da ese pastor enamorado
Olvides, que, al dejalle
Tan solo y apenado,
No habrá consuelo que su llanto acalle!

Y es un crimen, pastora,
Dejar en el olvido á quien tanto ama!...
No hallarás ahora
Con mi traje de dama
El amor que encontró la labradora.

¡Oh! Guarda tus amores,
Y tu rebaño, y tu sencillo traje!...
Yo te envidio tus flores,
De tu bosque el ramaje,
Mas... ¡no quiero que sufras mis dolores!

Zaragoza. — Noviembre de 1854.

A una tórtola

¿Qué haré para consolarte
Y aliviarte,
¡Oh, tórtola! en tu dolor?
¿Qué haré si con queja amante
É incesante
Lloras tu perdido amor?

En vano adorné con flores
De colores
Las rejas de tu prisión.
En vano te formé un nido
Bien mullido
Que aumentase tu ilusión.

En vano tierna verdura
Y agua pura
Para alimento te dí.
Nada has querido en tres días
De agonías
¡Qué te tengo presa aquí!

¿Con qué podré tu tristura
Y amargura
¡Oh, tórtola! divertir,
Si no das treguas al llanto,
Ni al quebranto,
Ni mi voz quieres oír?

Hasta en la noche sombría
Tu agonía
Viene mi sueño á turbar.
¡Pobre y triste prisionera!
Yo quisiera
Tu sufrimiento endulzar.

¿Lloras al perdido esposo
Cariñoso
Cuyo amor era tu bien?
¿Lloras tus hijos queridos
Que afligidos
Hoy sin su madre se ven?

¿Lloras la selva frondosa
Tan hermosa,
Bordada de tanta flor?
¿Lloras la tranquila fuente

Transparente
Donde cantabas tu amor?

Si es así, la pena dura,
Que tortura
Tu inocente corazón,
Yo aliviaré, que consuelo
Con anhelo
Te dará mi compasión.

Sí: te volveré á la vida;
Que afligida
Aquí te veo morir.
Pronto tenderás el vuelo
Y ese cielo
Volverás alegre á hendir.

Mas escucha: si es hermosa
Y preciosa
Tu perdida libertad,
En la selva hay cazadores...
Sus rigores
¡No tendrán de ti piedad!

Yo te quiero con el alma
Y la calma
A tu pecho tornaré.
¿No vale más que al olvido
Des tu nido
Y por siempre te amaré?

¿No me oyes?... ¿A tu desvelo
No hay consuelo?
¿No me quieres escuchar?
Vete ¡oh, tórtola! al instante;
Pero, amante,
Ven á mi reja a cantar!

Vete, sí: tal vez dichosa,
Ave hermosa,
De mí no te acordarás.
Ingrata te hará la dicha:
La desdicha
De hoy tal vez olvidarás.

¡Ya eres libre!... El raudo vuelo
Tiende al cielo:
El espacio vuelve a hendir.
Eres linda, cariñosa

Y amorosa...
Pero no sabes sufrir!

Adios!... Mas ya que te alejas
Y me dejas
Desoyendo mi pesar,
Ven cada aurora un instante,
Ven, amante,
Junto á mi reja á cantar!

.....

¡Ay! Ya hace un año que al tendido cielo
La cándida avecilla el vuelo alzó;
Y un año ha que la espero con anhelo!...
¿No sabéis si mi tórtola murió?

Zaragoza. -- Febrero de 1855.

Amor materno

Balada

¡Pobre Lisa!... Entristecida
Y absorta, está contemplando
La marea embravecida,
Mientras su faz dolorida
Van dos lágrimas surcando.

Tiene un niño
En sus brazos
Que la mira
Con amor.

¡Pobre madre!
¡Pobre niño!
¿Adivina
Su dolor?

Tal vez; que en sus labios rojos
No se advierte una sonrisa;
Y tan solo se divisa
Hondo pesar en sus ojos...
¡Pobre niño! ¡Pobre Lisa!

¡Pobre Lisa!
¡Y cuán bella!
Ateoras
Gracias mil.
¡Pobre niño!
¡Cuán hermosa
Es tu cara
De marfil!

—Duerme, mi bien, y no llores.—
La triste madre cantó:
—Duerme, flor de mis amores;
Borre el sueño tus dolores
Ya que pan no tengo yo.

Esas ondas
Sepultaron
A tu padre,
Sin piedad;
Y nos dieron,
Por herencia,

Duelos, hambre,
Y orfandad.

¡Palideces, amor mío!
¡Mira, Dios santo, mi afán!
¡Piedad de mi duelo impío!
De hambre se muere y de frío...
¡Pan para mi hijo, pan!!—

Y la pobre
Pescadora
En la arena
Se postró:
Y la espuma
De las olas
Sus cabellos
Salpicó.

En tanto, la marea veloz iba avanzando:
Las nubes se agrupaban, silbaba el vendaval;
Y, muerta casi, Lisa seguía sollozando
Sin que se percibiese del recio temporal.

Un trueno de repente llegó hasta sus oídos:
De espanto y pena yerta, la triste frente alzó:
Entonces, de las olas los cóncavos gemidos,
Con su hijo entre los brazos, inmóvil escuchó.

—¡La muerte! —gritó Lisa: —huyamos, hijo mío:
Levanta, que, en mis brazos, no te puedo salvar.
También yo siento el hambre, también me mata el frío;
¡Valor, hijo, ó nos traga el encrespado mar!—

Ya no escuchaba el niño: exánime, expirante,
Sobre el materno pecho su frente se dobló...
En vez de huir la triste, asióse á él delirante,
Y en su irritado seno el mar los sepultó!

Madrid. — Mayo de 1856.

El amor del moro

—Blanca paloma de azulados ojos,
Sultana de la ardiente Andalucía,
Sombra gentil de mis dorados sueños,
Luz de mi vida:

Rosa temprana de celeste aroma,
Faro que alumbras la existencia mía,
Tórtola dulce del sombrío bosque,
¿Por qué suspiras?

Puro arcángel del Dios de los cristianos,
De larga y blonda cabellera riza,
¿Solo para llorar en este suelo
Tu Dios te envía?

Ven á mis brazos, ven: que yo te adoro:
Ven á mis brazos, ven, cándida niña.
Yo ceñiré á tu frente mi corona...
¿Quieres ser mía?

—¡No!— dijo la niña altiva
Con orgulloso despecho.—
¡Nunca esperes que mi pecho
Corresponda á tu pasión.
¡Nunca! La hembra castellana
Su frente humillar no quiere.
Primero, moro, prefiere
Arrancarse el corazón!

Ciego de rabia, desnudó el alfanje
El moro adusto: del cabello asíóla,
Y segó el cuello de la hermosa niña...
¡Pobre paloma!

Y diz que es fama que, á la estancia aquella,
El monarca muslim, á cada aurora,
Iba á encerrarse, y que gritaba triste,
Con ansia loca:

—¡Ven, que sin ti, me muero, Blanca mía!
Sombra gentil de mis sueños, torna!—
Y que después besaba con delirio
Dos trenzas blondas!

Madrid.— Febrero de 1856.

El canto de un jilguero

A MI QUERIDO ESPOSO EN EL DÍA DE SU SANTO

Todo ser en la vida
Tiene un día radiante, puro, hermoso;
Bien en edad florida
Cante y ría gozoso,
Bien ostente la frente encanecida.

Quizás es de memorias
El día bello que, impaciente, espera:
Quizás recuerda glorias;
O de su edad primera
Recuerda las fantasmas ilusorias.

Tal vez a la fortuna
Ofrece un sacrificio reverente,
Porque en dorada cuna
Le adormeció riante
Sin mandarle jamás pena importuna.

Yo de dicha y contento
Tengo un día también, en que mi alma
Se anega en sentimiento
Y en que la hermosa palma
Anhelo de la gloria y del talento.

Un día en que a las aves
Les envidio el trinar y voz canora
Y sus cánticos suaves,
Y al río el que atesora
Blando murmullo entre sus ondas graves.

¡Con qué afán escuchaba
En el campo a los pájaros cantores
Por ver si me llegaba
De su canción de amores
El eco que mi amor ambicionaba!

Cuando junto a la pura
Clara fuente, sentada y silenciosa
Me viste con tristura,
Yo, inmóvil, cavilosa,
Los ecos sorprendía de natura.

De mi débil garganta
La terrenal y triste melodía,
Indigna de tu planta
Mi pasión la creía,
Y otra buscaba allá más grande y santa.

Mas ¡ay! solo una nota
Pude robar a un pobre jilguerillo,
Que en la cimera rota
De una acacia, sencillo
Cantó del cielo a la región remota.

El sol y su belleza
Miraba yo, y atenta a lo que dijo,
Alzando la cabeza,
Oí que le bendijo
Al contemplar su espléndida grandeza.

Luego, tendiendo el vuelo,
Llorosa me dejó, porque pensaba
De su cántico, al cielo
Cuando él se remontaba,
La armonía aprender con vano anhelo.

Y una flor que allí, erguida,
Alzaba su corola perfumada,
Al mirarme afligida
Gemir y desolada,
Así me habló, de mi pesar dolida:

—«Da treguas a tu llanto:
Yo voy a convocar a mis hermanas,
Y en ese día santo,
Las corolas ufanas
Hemos de abrir para causar su encanto.

»También al sol, mi amante,
Rogaré que su luz pura le envíe,
Que a su esplendor radiante
Yo he visto que sonrío
Y se anima de gozo su semblante.

»Y tú, pobre María,
Guarda esa nota que al jilguero oíste
Y cese tu agonía:
La más bella aprendiste
Y en tu arpa cobrará más armonía.

»Esa nota es de amores:
Imprímale tu lira más dulzura
Y más ricos primores:
Da a tu esposo ternura;
Que alegría traeremos, sol y flores.» —

Cayó la flor modesta
Replegando su espléndida corola:
Y sobre el tallo, enhiesta,
Mecióse, linda y sola,
Que era la más temprana en la floresta.

Mas hoy sus predicciones
Mira, mira, bien mío, ¡ya cumplidas!
Ya rompen sus prisiones,
Por saludarte erguidas
Hasta las que adornaban tus balcones.

Ve el sándalo aromoso
Quebrar de parda tierra el lecho duro;
Ve cual levanta airoso
Sus hojas ruboroso
Y tiende su follaje verde-oscuro.

Ve la extensa pradera
Alfombrada también de bellas flores;
Tu sonrisa primera
¡Oh luz de mis amores!
Esmaltó la aromada primavera.

Y ahora del jilguero
La nota, que en el viento fue perdida,
Escucha placentero,
Porque es dulce y sentida
Cual la plegaria del amor primero.

—«¡Bendito seas!»—dijo
Al sol que iluminaba su carrera;
Y con afán prolijo
Cruzó la azul esfera
Y al subir otra vez aún le bendijo.

Inspiración más pura
A ti no pueden dar mi amante anhelo
Y mi ciega ternura...
Pues tu amor es mi cielo
¡Dios bendiga por siempre su hermosura!

Madrid.— Marzo de 1851.

El estío

Del suelo americano tornó la golondrina;
La fuente yace seca, callado todo está,
Y, mustios los arbustos del prado y la colina,
Segadas mieses solo la vista encuentra ya.

No hay arcos de verdura, ni pájaros cantores:
Las hojas de los árboles inmóviles se ven;
Y lánguidos los tallos de las gallardas flores
No están ya columpiados del céfiro al vaivén.

Dejadme aquí, a la margen del caudaloso río,
Los trinos escuchando del dulce ruiseñor,
Que anida en la enramada del fresco bosque umbrío
Y entona a sus hijuelos un cántico de amor.

Dejadme, que yo busco la soledad del campo
Y de la selva espesa la calma y majestad;
Del sol no me fatiga el luminoso lampo,
Que anhelo cielo extenso, luz pura y claridad.

¡Estío! Estación bella de noches deliciosas,
De aromas saturadas, de músicas y amor!
Mi espíritu no aduermen tus horas misteriosas:
Si el cuerpo pierde vida, la mente cobra ardor.

¡Estío! Fiebre ardiente que la potente mano
Del rey del cielo y tierra á la natura dió:
¡Estío! Sueño inerte de todo ser humano,
¿Por qué te temen todos y tanto te amo yo?

¿Por qué una nueva vida infundes en mis venas?
¿Por qué con ansia loca tu sol quiero mirar?
¿Por qué se huye el recuerdo de mis pasadas penas
Y por quimeras dulces me siento acariciar?

No temo la tormenta que forjan tus ardores:
No miro amedrentada el negro nubarrón,
Que, en lluvia reventando, desata sus furores;
Ni temo de los truenos el retumbante son.

¡Con cuánto afán contempló el ímpetu y bravura
Con que se agita y crece la fiera tempestad!
Entonces, al rey del cielo, sin miedo ni pavora,
Admiro en su imponente, sublime majestad.

¡Estío! Emblema puro de mi ardorosa mente;
De amor y de emociones espléndida estación,

¡Bien vengas con tu lumbre y tu mirada ardiente
Que anima con sus rayos mi joven corazón!

¡Bien vengas con tus horas de calma, silenciosas!
¡Bien vengas con tus tardes de furia y tempestad!
¡Bien vengas con tus noches tranquilas, deliciosas,
Que baña de la luna la tibia claridad!

¡Tus noches! ¡Breves horas, de estrellas alumbradas,
Y llenas de perfumes, de músicas y amor!
¡Veladas, de recuerdos purísimos rodeadas,
En que acaricia amante el céfiro á la flor!

Tus noches que ilumina la lámpara del cielo
Si por su luz bañados los álamos se ven:
Tus noches en que canta la tórtola su duelo
¡Oh, estío! simbolizan la gloria del Edén.

Yo encuentro en tus auroras la plácida inocencia
Que es savia de la vida al pecho juvenil:
Y en tus calladas noches la bienhechora esencia
Con que sedienta el alma se forja sueños mil.

¡Estío! Emblema puro de mi agitada mente,
¡Bien vengas con tus tardes de furia y tempestad!
¡Bien vengas con tu lumbre y tu mirar ardiente!
¡Bien vengas, que en ti admiro de Dios la majestad!

Madrid. — Junio de 1856.

El invierno

Triste has llegado, encanecido invierno,
Con tu manto de escarchas y de nieve
A que tu cierzo bramador se lleve
El tallo mustio de la seca flor.
Tus hielos cubrirán el verde prado
Do cantaban parlerasavecillas,
Llevándote inclemente las semillas
Que olvidó el laborioso labrador.

¿Qué han de comer los pobres jilguerillos,
Si arrastras en tus alas despiadadas
Esas sobras, que deja abandonadas
¿Quién llenó sus graneros con afán?
¿Qué han de comer los tímidos gorriones
Que, mirando la nieve con tristura,
Píen de hambre, de frío y de amargura
Y desolados por el aire van?

Si pudiera mi amor alimentarles,
¡Oh, invierno! no tu furia temiera:
Otro tiempo alimento les ponía
De una alta encina en el añoso pié:
Y si las pobres madres que gozosas
Llevaban á sus hijos el sustento,
Y lágrimas vertiendo de contento
Yo también con su gozo me alegré.

Mas hoy, invierno, ni alimento llevo
A mis amigas, las parleras aves,
Ni alegría me das, pues que tú sabes
Que, ave triste, véjelo en mi prisión,
Solo miro tu hielo y tus tormentas,
Tu niebla, ¡qué tortura el pecho mío!
Mas recuerdo á mis aves y te envío
Por ellas este canto de aflicción.

Sí, de aflicción: que quien se alegra solo
Ante la luz del sol y ante las flores,
Solo puede sentir luto y dolores
Cuando flores le robas, luz y sol;
Y quien es tan mezquina en sus deseos
Que pide solo luz por su alegría,
Anhela, por consuelo á su agonía,
De la antorcha del cielo el arrebol.

¡Pasa veloz, desolador invierno!
¡Pasa veloz con tu perpetua noche!
¡Pasa y que vea el aromado broche
Que ostenta en Marzo la primera flor!
Risa de la esmaltada primavera
Ella será para mis tristes ojos,
Y yo al Eterno adoraré de hinojos
Y gracias le daré llena de amor.

Por fin, cuando veía extensos bosques
Cubiertos todos de eternal blancura;
Cuando veía el prado y la llanura
Y por ella al rebaño caminar;
Cuando á la orilla del helado río
Con grano y pan alegre me sentaba
Y á las aves, que amante sustentaba,
Cariñosa y paciente iba á esperar;

Veía cielo y luz: veía nieve
En la elevada cumbre del Moncayo;
Y de luna esperaba el primer rayo
Que iluminaba el firmamento azul:
Y el alto Castellar se me fingía,
La enfermiza, acalorada mente,
Oculto entre las nieblas de Occidente
Un fantasma velado en blanco tul.

Veía el anhelo hogar de mis abuelos
Do chispeaba la llama enrojecida,
Y consejas oía estremecida
Del anciano viajero narrador;
En tanto que apoyaba mi cabeza
En mi hermoso mastín, dorado y cano,
Que, con mi peso, se sentía ufano
Y lamía mi frente con amor.

Ahora, invierno, tus fugaces días
Y eternas noches de pavor me llenan,
Y tus nieblas el pecho mío apenas
Que yerto siempre y desmayado está.
Las pobres flores, que cuidé anhelante
Para que engalanasen mi aposento,
Al rudo empuje de aquilón violento
Ha muchos días que murieron ya.

Y la pobre avecilla, que su canto
Me daba alegre, al despuntar el día,
Une su duelo á la tristeza mía

Y enmudece también en su aflicción;
Y mientras duerme la natura triste,
El insecto, la flor, la ave canora,
El alma mía, entristecida, llora
Cual la esclava africana en su prisión.

¡Oh, invierno!; No me culpes, si con quejas
Y con lamentos solo te recibo!
¿Qué he de hacer, si me ocultas tan esquivo
Hasta del sol la bienhechora luz?
¿Qué he de hacer, si sepultas mi alegría,
Mis aves y mis flores en tu manto,
Y, sin duelo á mi pena y á mi llanto,
Te llevas mi contento en tu capuz?

Pero yo quiero amarte y bendecirte
Cual bendigo las otras estaciones;
Enfrena tus soberbios aquilones
Que esta sola merced te he de pedir;
Deja á las dulces aves sus asilos
De helecho y disecadas hierbecillas;
Déjales en los campos las semillas,
Porque van las cuitadas á morir.

Si generoso cumples mi deseo,
Daré al olvido tu perpetua noche,
Por más que ansíe el perfumado broche
Que ostenta en Marzo la primera flor.
Contenta me verás, mi pobre anciano,
Y adoraré tu cana cabellera
Esperando á la hermosa primavera
Como á la hermosa nieta de tu amor.

Madrid. — Enero de 1857.

El otoño

Venid á resbalar sobre mis sienes,
Aladas brisas de perfumes llenas,
Y refrescad la mente enardecida
Que busca inspiración, triste é inquieta.

Las abrasadas horas, que se huyeron,
Su fuego inocularon en mis venas,
Y, fatigando el alma, la dejaron,
Á fuerza de sentir, cansada y yerta.

En ella imprime el ardoroso estío
Su vivo soplo y su candente huella,
Mas se rinde á letárgicos ensueños
En los últimos días que nos quema.

Por eso son recreo de mi mente
Las brisas del otoño lisonjeras,
Y un intenso placer transmite al alma
El triste ruido de las hojas secas.

¡Ah! ¡Con cuánta emoción veo los campos
Á la luz del crepúsculo, que, incierta,
Se va escondiendo tras los altos montes
Mientras luceros mil bordan la esfera!

¡Con cuán dulce placer oigo los cantos
Del pobre labrador, que, ya sin penas,
Guía en el trillo los cansados bueyes
Y ve al fin compensadas sus tareas!

Á mí me es grato en el jardín frondoso
El contemplar las flores postrimeras,
Cuyos perfumes son más penetrantes
Y su vida también más duradera.

Me es grato, entre los árboles del bosque,
Buscar el tronco de la encina vieja
Do la tórtola anida sus hijuelos
En su lecho de grama y hojas secas.

Me es grato ver en murmurante lluvia
Como vierte la fuente blancas perlas
Que dan riego á las tenues hierbecillas
Que brotan, cariñosas, en sus grietas.

Y me es grato también ver en los cielos
Plomizas nubes que, de nieve llenas,
El aterido invierno nos anuncian
Rodando presurosas por la esfera.

¿Qué importa que el otoño melancólico,
Mi juvenil espíritu entristezca,
Si el corazón es todo sentimiento
Y esencia de mi ser es la tristeza?

¿Qué importa que sus nubes simbolicen
El otoño fugaz de la existencia,
Si, tras las nubes de la humana vida,
Dios nos guarda en el cielo gloria eterna?

¿Qué importa que en las hojas de los árboles,
Que por los aires, desprendidas, vuelan,
La imagen de mis muertas ilusiones,
Para mi porvenir acaso vea?

¡Ah! Nada. Que yo admiro del Eterno,
En cuanto existe, la potente diestra,
Y esta estación también, cual la pasada,
Está de encanto y de emociones llena.

Yo colgaré mi lira de los árboles,
Que el viento ha desnudado en la pradera,
Y, al herirla las brisas del Octubre,
Canciones os dará, dulces y bellas.

Y cuando goce el sueño el mundo todo,
Fatigado tal vez de sus cadenas;
Cuando el grave silencio de la noche
Apague los rumores de la tierra,

La voz de la cantora hasta los cielos
Libre se elevará, pura y serena,
Para decir á Dios: —¡ Rey de los mundos,
Tu sabia creación bendita sea! —

Madrid. — Setiembre de 1856.

En el álbum de la eminente actriz Matilde Díez

Tiempo hace ya que de mi triste lira,

Ni una nota ha brotado ni un acento,
Por más que llevo, aunque lo ignore el mundo,
En el fondo del alma un himno eterno.

Apenas pude hablar, canté á las flores,
Á las aves, al sol y á cuanto bueno
Cobija el firmamento rutilante
Con su manto de estrellas y luceros.

Mas luego enmudecí: que allá en el valle,
Donde aún se elevan de mi hogar paterno
La blanca torre y la ventana ojiva,
Á bendecir y á amar solo aprendemos.

Un prolongado rezo es la existencia
Y un cántico de gracias al Eterno,
Pues no hay flor que despliegue su corola,
Ni alegre nota el ruiseñor parlero
Deja escapar entre su arpaído pico,
Que allí no admire nuestro santo anhelo.

Por eso de mi virgen poesía
Dejé en mi valle los primeros ecos,
Y, desde que vivo aquí, guardo en el alma
Armonías sin fin de un himno eterno.

—¡Prosa!—me gritó el mundo—¡dame prosa
Y ceñiré tu sien de lauro bello
Y alfombra de oro tenderé á tus plantas;
Prosaico es este siglo y prosa quiero!—

Prosa le dí; y cifré mi dicha toda,
Aun á pesar de su feroz empeño,
En procurar que fuese la alegría
Mi pobre prosa del hogar doméstico.

Si es que lo he conseguido, ¡Dios lo sabe
Y él me podrá juzgar! Más es lo cierto
Que hace dos años ya que de mi lira
Ni una nota ha brotado ni un acento.

Hoy vuelve á resonar: el polvo
oscuro De que estaba cubierta, el
negro velo En que yo la envolví,
lanza arrogante

Y oigo me llama en acordados ecos.

¡Gracias, Matilde! De tu genio hermoso
Llegaron hasta el alma los reflejos,
Y el dulce acento de tu dulce boca
Despertó poesía y sentimiento.

Como expresión de mi entusiasmo ardiente
Séante gratos mis humildes versos:
Flores del alma son; y en esas flores
Ha colocado Dios perfume eterno.

Madrid.—Septiembre de 1859.

En el álbum de la simpática artista Teresa Rivas de Quintana

Allá en un bosque de mi hermoso suelo
Donde crecen gigantes las encinas
Y donde canta el ruiseñor su duelo
Mientras gimen de amor las golondrinas;

Un árbol debe haber tierno y lozano,
Que al fulgor vacilante de la luna,
Una noche plantó mi débil mano
Cuando aún dormía en la inocente cuna.

Aún debe allí crecer: yo le vi el día
Que mi valle dejé, de duelo llena,
Y aun va á buscar consuelo el alma mía
Cabe su pié, cuando el dolor la apena.

Que no hay distancia para el alma amante
Que no salve veloz el pensamiento,
Y aunque de aquella tierra tan distante
El árbol miró y á su pié me siento.

Es un laurel: sus raíces sacrosantas
Entre el polvo encontré medio perdidas
Y yo aparté mis infantiles plantas
Con las fibras del alma estremecidas.

Abrigo grato, en el fecundo seno
De la tierra les dí para ampararlas,
Y con el pecho de alegría lleno,
Una vez, dos y cien volví á mirarlas.

Creció el arbusto, emblema de la gloria,
Alzóse hermoso y sin rival gallardo;
Cual se alza el genio, ante la vil escoria
Que aguza de la envidia el fiero dardo.

Y ansiando el cielo, á su ramaje oscuro,
Por más embellecerlo, prestar galas,
Hizo á su pié brotar un rosal puro
Que el céfiro mecía con sus alas.

Las rosas de pasión, entre el follaje,
Su aromado matiz tristes velaban,
Y rindiendo al laurel su vasallaje,

Con preciadas diademas le adornaban.

Busca, Teresa, entre la selva umbría
Ese árbol que, á la luz de blanca luna,
En el bosque planté con alegría
Cuando aún dormía en la inocente cuna.

Gloria y amor, en su consorcio amante,
Dice el laurel con las gentiles rosas.
Gloria le preparó mi fé constante
Al cuidarle mis manos cariñosas.

Amor de flores el piadoso cielo
En sus purpúreas galas hoy te envía,
Pues si un laurel te preparó mi anhelo,
Dios da solo el amor, Teresa mía.

Que mis hermanos á tu blanca frente
Ciñan sus ramas verdes y pomposas,
Y encanto sean de tu faz riente
Las puras galas de mis frescas rosas.

Siguen las hojas de mi arbusto amigo
Para adornar tu plácida hermosura...
Más... ¡quede el tronco en pié, por si consigo
A su lado encontrar mi sepultura!

Madrid. -- Marzo de 1857.

En el álbum de Emilia Príncipe

De mi olvidada lira
Pulsar quiero las cuerdas
Para cantar tu gracia,
Emilia, y tu belleza;
Pero ella, resentida,
A mi deseo niega
El más leve sonido,
La trova más pequeña.
—Vuelve—dice—á la prosa;
Vuélvete á la novela
Y un capítulo entero
Copia á tu Emilia bella.

Bastante tu abandono
Lloré con honda pena;
Hoy, pues... ¡llora tú el mío,
Que mi venganza es esa!—

Y por más que le ruego
Huye furiosa y ciega
Dejándome burlada
Sin escuchar mis quejas.

Mas yo, de helada prosa
No puedo, aunque lo quiera,
Llenar una hoja pura,
Inmaculada y tersa.

¡Llagas, muy hondas llagas,
Niña, en mi prosa vieras,
Pues es imagen triste
Del mundo y sus miserias!

Alguna verdad sana
Quizá en ella aprendieras...
Mas entre espinas muchas,
Y temo que te hieran.

Yo, que de abrojos tantos
Hoy siembro mis novelas,
Te escogeré de entre ellos
Alguna rosa fresca,
Cuyo perfume puro

Aprovecharte pueda.
Si eres, cual hoy, Emilia,
Dulce siempre y modesta,
Serás siempre dichosa,

Que Dios al bueno premia,
Y en este valle triste
De lágrimas y penas

Son, Emilia querida,
Sus flores predilectas
Las hijas amorosas,
Las cándidas doncellas.

Madrid.—Enero de 1859.

En el álbum de una niña

Dime, niña: ¿no viste entre las flores
Una llena de gracia y lozanía
Que cariñoso el céfiro mecía
Sobre el tallo gentil?

¿No viste, niña, demandarle amores
La mariposa, en derredor volando,
Que iba su cáliz puro acariciando,
Orgullo del pensil?

Al despuntar la nacarada aurora,
Yo sé de cierto que tus bellos ojos
Alguna vez fijaste sin enojos
En la gallarda flor.

Y sé también que en la callada hora
En que nace la noche y muere el día,
Te habrá visto la luna, niña mía,
Besarla con amor.

Y ¿no viste á la par bajo el follage
Que cercaba á la rosa fresca y pura
Un arbusto infeliz, cuya verdura
Tornaba lacia el sol?

¿Pobre arbusto? Rendía vasallaje
Al capullo, que el huerto perfumaba,
Y era feliz, al ver le iluminaba
Su fúlgido arrebol.

Y el arroyo que manso murmuraba
Y besaba los tallos desiguales
De los tiernos capullos virginales
Que encontraba al pasar;

Amoroso también acariciaba
Al pobre arbusto que amparaba el muro
Y que inclinaba su ramaje oscuro
Transido de pesar.

Tú, niña hermosa, que al umbral del mundo
Te adelantas radiante de alegría,
No comprendes la triste alegoría
Que encierra tu jardín.

Tú no sabes que allá, en lo más profundo
De la selva tranquila y perfumada,
Que está de frescas parras entoldada
Mezcladas con jazmín,

He descubierto el misterioso emblema
Encerrado en la flor y en el arbusto
Que no se queja del destino injusto
Y al muro se apoyó.

¡Ay! ¡Pobre planta! En su tristura extrema,
Amó a la linda flor, pura, agraciada:
Tú eres, niña, la rosa perfumada,
Y el arbusto... ¡soy yo!

Zaragoza.—Mayo de 1854.

En la corona fúnebre de Elisa

¡Dichosa tú, que hacía la azul esfera

Venturosa tendiste el raudo vuelo,
Abandonando de mi valle triste
Los altos montes que á subir me apresto!

¡Dichosa tú, que la florida senda
Has recorrido del vivir primero
Sin que hieran tus plantas los abrojos
De que el erial camino está cubierto!

Flores la primavera de tu vida
Ha ofrecido á tu vista ciento á ciento,
Y espinas hallarías en su estío
Que el corazón te dejarían yerto.

En este triste valle, dulce Elisa,
No hay fuentes que refresquen nuestro pecho,
Y en rojas nubes de abrasante arena,
Sin conseguir morir, desfallecemos.

Los tallos verdes de pintadas flores
En cada primavera brotan tiernos:
Las hojas de esmeralda de los sauces
Sirven de nido al ruiseñor parlero,

Que, á la cándida luz de blanca luna,
Canta su amor ó lanza su lamento;
Pero del corazón la primavera
¡Nunca se ha visto, nunca, que haya vuelto!

¡Oh! ¡Cuán breve es la nuestra! Las mujeres,
Menguadas horas de alegría vemos,
Y aun estas van mezcladas de dolores;
Que es el dolor nuestro constante dueño.

¡Dichosa tú, que hacia el alcázar santo
Libre has tendido el inocente vuelo!
Allí hay jardines con sonoras fuentes
Y ricas flores de matiz eterno.

¡Dichosa tú, que tu gentil belleza
Has ofrecido en holocausto al cielo,
Y en tus sienes angélicas y hermosas
La diadema de luz por siempre has puesto!

Madrid. — Marzo de 1857.

En una corona fúnebre

Templa mi lira, arcángel misterioso
Que tu morada tienes en las tumbas;
Acaricia mi frente con tus alas;
Préstame inspiración, préstame ayuda.

Jamás temí al dolor; mi compañero
Desde que dormía en la inocente cuna
Ha sido siempre, y como fiel amigo
Suavizó para mí su faz adusta.

Hoy sombría su frente me presenta:
De una jóven esposa la amargura
Resuena en mis oídos y de flores
Cubrir deseo solitaria tumba.

No es la tristeza, pues, suave, apacible,
Que Dios hizo nacer junto á mi cuna
La que hoy ha de inspirar mi lira humilde,
Ha tanto tiempo silenciosa y muda.

Mas... ¿me mandas callar, arcángel triste?
Sí! Yo te veo que, en la altura excelsa,
Esculpes con estrellas las virtudes
Del que la muerte arrebató a la tierra!

¡Sí, sí! Tienes razón: ¿Pudiera acaso
Cantar la historia que grabó tu diestra?
¡Yo comprendo esos signos misteriosos!...
Que el arpa mía á su silencio vuelva!

Idioma tienen, para el alma amante,
La blanca luna, que en los cielos vela,
El rojo sol, cuando ilumina al mundo,
Y la tímida luz de las estrellas!

Cándidas sombras son las blancas nubes:
Que vaporosas por el cielo ruedan;
Cándidas sombras que, á los ojos míos,
Solaz y calma con sus giros prestan.

Arcángel de las tumbas solitarias,
Que cada aurora al remontar el vuelo
Las plegarias del huérfano y la viuda
Conduces á las plantas del Eterno.

Tú, que has grabado ante mi ansiosa vista
En el límpido azul del firmamento
Las virtudes de aquel que, por la gloria,
Abandonó las penas de este suelo.

Bate tus alas, cual la nieve puras,
Y con ellas enjuga el llanto acerbo
De la esposa, los padres, los hermanos,
Que el dulce objeto de su amor perdieron.

Diles que en otro mundo les espera,
Y que allí pagará su amor sincero...
Que, aunque cruzó este valle de amargura,
Patria y corona le guardaba el cielo!

Madrid.—Septiembre de 1859.

La esencia de las flores

Balada.

I.

— Díme, ¿qué son las flores,
Oh, madre de mi alma!
Que, con su aroma dulce,
El pecho me dilatan?
Al entreabrir la rosa
Su corola galana
Parece que sonrío
Con alegría cándida.
Plácido el lirio encuentro;
Triste la pasionaria,
Y de belleza altiva
La azucena nevada.

II.

El jazmín satinado
Mi sien siempre engalana
Porque, con su perfume,
Amores dice al alma.
Yo ansío que me expliques,
Madre mía adorada,
Qué son las bellas flores
Que mi huerto embalsaman.

— Las flores, hija mía,
Son las dichosas almas
De las niñas hermosas
Que al cielo fueron castas.
Allá junto á Dios viven;
Mas Dios aquí nos manda
De su divina esencia
La parte más preciada,
De las hermosas flores
En las corolas cándidas.
— Id al mundo —les dice—
Y á los que os amaban
Consolad, cariñosas,
Con belleza y fraganela.

III.

— ¿Y por qué, madre mía,
Hay flores, cual la dalia,
Que, aunque hermosas y enhiestas,
Ningun aroma exhalan?

IV.

— Las flores sin aroma,
Que el pensil engalanan,
Vivieron sin amores,
Sin penas y sin ansias.
Ellas fueron mujeres
Virtuosas y castas,
Puesto que el Dios del cielo
Con él guarda sus almas;
Pero jamás amaron:
Jamás, enamoradas,
Sintieron los dolores
De una pasión insana.
Y en su nevado seno
Un corazón guardaban
Helado, como el mármol,

V.

Si bien puro y sin mancha.
Y Dios, que da al martirio
Corona perfumada,
Negóselas á esas flores;
Que aquí viven heladas,
Y mueren sin aroma,
Sin frases para el alma.
Nunca el amor las busca;
Y sus soberbias galas
Ni valen al que sufre
Ni al que goza regalan.

V.

— Madre, ¿cuándo me muera
Seré flor aromada?

VI.

— Sí, lo serás, bien mío:
Que en tu pecho entusiasta
Amor formará un día
Su mansión más amada.

Quizás, luz de mis ojos,
Una pasión aciaga

VII.

La tumba venga á abrirte
Aún en edad temprana;
Mas no importa, que juntas
Irán nuestras dos almas
Hacia el azul palacio,
De Dios trono y morada,
Y aquí á la tierra umbría,
Por Dios mismo enviadas,
Tú, que amas de las flores
La gentileza y gracia,
Tú, que su idioma entiendes
Porque son tus hermanas;
Y yo, que te amo tanto,
Que el corazón y el alma
Con cuidado prolijo
Te formé apasionada,
A orilla de esa fuente
Vendremos abrazadas;
Yo, amante madre selva,
Tú, rosa pura y blanca,
A consolar del mundo
Las almas desgraciadas.

Madrid.—Agosto de 1857.

La luna, la aurora y el sol

Balada

—¿Por qué huyes de los cielos?—

Dijo la aurora

A la cándida luna,

Su hermana hermosa.

—¿Por qué no quieres

Que á un tiempo ambas brillemos?

¿Es que me temes?

Yo soy la alegre niña

De rubios rizos

Y no hay ojos más dulces

No, que los míos.

¡Solo los tuyos,

Hermana, les igualan!

Que valen mucho!

¡Ah! Quédate a mi lado

Un día entero!

Yo camino escoltada

Por los luceros;

Y tú, de estrellas

Tienes, hermana mía,

Corte soberbia.

Más... te alejas, hermana!

¡Vas á ocultarte

Sin escuchar el ruego

De mis pesares!

¡Vuelve, envidiosa!

¡Brille siempre la luna...

No más la aurora!

Mi imperio es harto breve,

Que el sol, mi padre,

No bien el día anuncio

Viene á alejarme.

¡Tómale y brilla,

Que más que mi existencia

Vale tu dicha!

Detúvose la luna

Ante tan triste ruego:

Miró á su hermana, y luego
Al cielo interrogó:
Y, tras espacio breve
De mística plegaria,
La luna solitaria
Así á la aurora habló:

—Dios me manda que me aleje
De tu lado, hermana mía,
Y que los cielos te deje:
Tú los trabajos protege
Y á la tierra da alegría.

Nunca tu belleza pura
Ha despertado mis celos;
Me engañan tu hermosura
Y es sin mancha ni ternura
Pues soy hija de los cielos.

Más el Eterno me ordena
Sea el astro de los tristes;
Y, aunque te dejo con pena,
Oculto mi faz serena
Cuando tú la tierra vistes.

Y ante el trono de María,
La emperatriz de la gloria,
Me prosterno, hermana mía,
Y le cuento cada día
De un desdichado la historia.—

Aquí la blanca luna
Calló despavorida
Y trémula, afligida,
Los montes contempló:
El sol su carro de oro
Por ellos ya rodaba,
Y, en tanto los cruzaba,
Así á la aurora habló:

—En tu carro de nácar y de plata
Cada mañana acogerás la luna,
Cuando mi regio manto de escarlata
Refleje la laguna.

Entrambas en mi alcázar de topacio,
Que está oculto en el fondo de los mares;
Dormiréis, mientras lleno el ancho espacio
Y alumbró los altares.

Cuando la noche extienda el denso manto,
Su sombra animará la luna triste:
Que su lumbre es consuelo de quebranto
Si el mundo su luz viste.

Bella deidad, que tímida y doliente
Alumbras los dolores de la vida,
De mi aurora la faz siempre riente
No mires afligida.

Que, á la luz plateada, casta y pura
De tu hermoso fanal, halla el amante
En su amante feliz, más hermosura,
Más dulce su semblante.

Y tú, mi aurora, de dorados rizos,
De ojos que roban su esplendor al cielo,
Ostenta cada día tus hechizos
Con inocente anhelo.

La tierra ríe, cuando ve tu risa;
Si lágrimas derramas, va á beberlas,
Las guarda con amor la fresca brisa
Y las convierte en perlas.

Encanto es del pastor tu faz riente:
El dichoso te espera con anhelo;
Y cuando abres las puertas del oriente
Hasta sonrío el cielo.

Sé tú el astro de paz, que, de alegría,
Al verte, abre la flor su dulce broche:
Tú eres, hermosa aurora, astro del día;
Tú, luna, el de la noche.

Que, si juntas brillaseis un instante,
Cual lo desea vuestro amor de hermanas,
Cegaríais de luz al caminante,
Magníficas sultanas.

Madrid.—Septiembre de 1857.

La luna y el mar

Balada.

Era una noche callada
Y estrellada:
Noche de paz y de amor.
Todo en la tierra dormía,
Ni aun se oía
El suspiro de la flor.

Y era estío: las estrellas
Puras, bellas,
Reflejaban en el mar;
Y la luna candorosa
Y amorosa
Iba el agua a acariciar.

El mar, su seno agitando,
Gimió alzando
Triste acento en ronco son:
Y la luna, enamorada
Y callada,
Le escuchó con aflicción.

El mar.

—¿Por qué en tu rostro hermoso, ingrata, no reflejas
Las hondas emociones de mi voraz pasión?
¿Por qué en tus dulces ojos jamás mirar me dejas
El fuego que yo exhalo en mi potente son?

Responde, Diana mía: ¿acaso ya no me amas?
De amor tu juramento, ¿mentira sólo fué?
¿Por qué, con voz amante, jamás á ti me llamas?
¿Por qué, con rostro fiero, desdeñas ya mi fé?

¡Ah! ¡Teme mis furores! Yo puedo en rudo empuje
Tu diáfano palacio de nubes escalar!...
Escucha amedrentada mi pecho como ruge,
Y tiembla que, en mis antros, ¡te voy a sepultar!

La luna.

—Cesa ya en tus furores
Y no me ultrajes,

Que mi amor es eterno
Cual mis pesares.
Sí, que celosa
Vivo de aquélla estrella
Que brilla hermosa!

Al expirar el día
Se me adelanta
Y en el tendido cielo
Su faz levanta.
Y allí, arrogante
Y atrevida, escarnece
Mi pena amante.

En tus ondas verdosas
Su luz retrata,
Aunque las embellezca
Mi luz de plata.
Y, en su locura,
Compara sus fulgores
Con mi hermosura!

¡Oh, sí! Yo tengo celos,
Mar, de esa estrella,
Si ella más que yo vale,
Ámala á ella.
Ó dame entero
Todo el cariño tuyo...
Ó no le quiero!

Acalló el mar sus furores
Al escuchar á la luna
Quejarse por sus amores;
Y nunca ya los fulgores
Admite de estrella alguna.

Solo la luna su lumbre
Quiebra en sus ondas saladas:
Y en la celeste techumbre,
Damas de su servidumbre
Son las estrellas doradas.

En soberana erigida
Desde aquella noche fué
La blanca luna afligida;
Y por su queja sentida
El mar le volvió su fé.

Fé, tan pura y tan constante,
Que, cuando empieza á bramar
Su corazón de gigante,
Sonríe la luna amante
Y cobra el sosiego el mar.

Madrid. — Mayo de 1857.

La flor del valle

Á mi querida hermana y amiga
Claudia de Albeniz

Mira esa flor, que ha nacido
En la enramada sombría:
Ve cuan bella, hermana mía,
Y cuan inocente es:
Mira cuan puras sus hojas
Se ostentan y cuan nevadas,
Por el agua salpicadas
Que murmura á nuestros piés.

A la orilla del arroyo
Semeja una blanca estrella
Esa margarita bella
Tan graciosa y virginal.
Las auras le dan caricias,
De su encanto enamoradas,
Y esas ondas azuladas
Limpio espejo en su cristal.

Imagen de tu destino
Es á mis ojos, hermana,
Esa flor bella y lozana
Que en la soledad brotó.
Yo admiro tu gentileza
Á la suya semejante,
Y en mi desvelo constante
Vuestro valle envidio yo.

Mas... ¿por qué lloras? ¿Acaso
Hallas triste tu destino?
¿Soñaste en el torbellino
De ese mundo embriagador?
¿Piensas que tus bellos ojos
Han de abrirse más radiantes
En los salones brillantes
Que en tu valle encantador?

¿Sueñas en gloria? ¿En laureles
Que ciñan tu frente pura?
¡También, por mi desventura,
Soñé de luz un Edén!
No en laurel, que nace débil,
Y á mis sienes candorosas

Una corona de rosas
Sé que solo sienta bien.

Mas... ¿cómo quieres de gloria
Ceñirte la frente bella,
Si yo, al rigor de mi estrella,
Mi frente altiva humillé!
¡Ay! ¿Cómo quieres, hermana,
Lograr tus ensueños de oro,
Si yo cifré mi tesoro
En flores, y no lo hallé?

Jamás del mundo he pisado
Los magníficos umbrales,
Mas dicen que en él hay males
Imposibles de sufrir.
Que llevan siempre las damas,
Que vagan por sus salones,
La muerte en los corazones,
En el labio el sonreír.

Y mira, hermana, yo he visto,
Allí en mi suelo, jardines
Esmaltados de jazmines
De dalias y de azahar;
Y he visto á los jardineros
Cortar las preciadas rosas
Diciendo:—Muchas hermosas
Con ellas se han de adornar.

Pero después me contaron
Que aquellas flores morían,
Y que nunca ya volvían
Á cobrar gala y color,
Que tan pronto en los festines
Dejaban su aroma puro,
En el rincón más oscuro
Espiraban de dolor.

Y entonces supe con pena
Que la mujer, cual las flores,
Encuentra amargos dolores
De ese mundo en el tropel:
Como ellas, le da sus galas,
Luce, como ellas, belleza,
Y al fin... mueren con tristeza
Mujer y flores en él!

¿Y quieres, mi dulce hermana,
Dejar tu suelo de amores
Y buscar fieros rigores
Siendo tan dichosa aquí?
¡Por Dios, que si no temiese
Por tu suerte, hermana mía,
—Vete al mundo—te diría;
—¡Deja el valle para mí!

Mas no: yo sabré impedirte,
En tanto mire tu cielo,
Que busques con vano anhelo
Dolor a tu juventud.
Yo quiero oír en el bosque
Tu cántico enamorado...
No quiero que abandonado
Dejes aquí tu laúd.

Imagen de tu destino
Es, á mis ojos, hermana,
La margarita galana
Tan graciosa y virginal.
Las auras os dan caricias
Murmurando en la enramada,
Y esa corriente azulada
Limpio espejo en su cristal.

Aquí, ocultas, pero hermosas,
Os mecen las brisas puras:
Vuestras dulces hermosuras
Largo tiempo durarán;
Sí; que el hálito del mundo
No doblará vuestras frentes,
Y aun serenas é inocentes
En la tumba se helarán!

Mas yo, ni conozco el mundo
Ni valle risueño tengo,
Y por eso, hermana, vengo
Tus flores aquí a buscar:
Las de mi suelo por bellas
Las llevan á los festines
¡A morir!... con tus jazmines
Mi diadema he de formar.

Yo no ambiciono la gloria;
De amor tesoro en el seno
Traigo guardado, aunque lleno

Mi corazón de dolor.
Pero creo que en el bosque
Acallaré mis querellas
Tejiendo tus flores bellas
Y escuchando al ruiseñor.

Y entre las dos cuidaremos
En la enramada sombría
De esa flor, hermana mía,
Que tan bella aquí brotó.
Ella á tu lado ha crecido,
Y á tí se iguala en lo hermosa...
¡Dulce hermana! ¡Flor preciosa!
¡Vuestra suerte envidió yo!

Cascante de Navarra.—Octubre de 1855.

La primavera

Ya esclarece el puro cielo
El azulado manto,
Ya entona el dulce canto
El lindo colorín.
Esmáltase la yerba
De mil pintadas flores
Que ostentan sus primores
Por gala del jardín.

Los árboles se visten
De ramas y frescura;
La fuente ya murmura
Con lento y dulce son.
Do quier nuevos perfumes
Transmiten nueva vida
Al alma entristecida
Y al yerto corazón.

Que yerto le dejen
Los hielos del invierno,
Y anhela del Eterno
Los dones contemplar.
Y el alma enamorada,
Rompiendo sus prisiones,
Soñó, en sus ilusiones,
Los cielos escalar.

Bordando van del río
Las plácidas orillas
Pintadas florecillas
Y yerbas mil y mil.
Y dice en sus lamentos
Su amor, siempre constante,
El ruiseñor amante
Oculto en el pensil.

¿Oís un dulce arrullo?
Son candidas palomas
Que vuelan por las lomas
Cubiertas de verdor.
Al pie del alto monte
Irán en manso vuelo
Y al límpido arroyuelo
Dirán luego su amor.

Raudales de armonía
Encierra el bosque, el prado
Que ya reanimado
Y espléndido se ve.
Y ya en las arboledas
Renacen las semillas;
Y blancas campanillas
Do quiera huella el pie.

¡Ah! ¡Seas bien llegada,
Hermosa primavera!
Tu rostro reverbera
La dicha y el placer.
Yo olvido mi tristeza
Al escuchar las aves
Que en cánticos suaves
Expresan su querer.

Y miro conmovida
El esplendente cielo
Que bordan como un velo
Cien nubes de albo tul:
Y los reflejos de oro
Que, cuando muere el día,
El rojo sol envía
Al firmamento azul.

¡Amor! dicen las aves
Con dulce melodía:
¡Amor! la selva umbría;
El bosque espeso ¡amor!
¡Amor! la mansa fuente
Que corre murmurando.
¡Amor! el aire blando
Al columpiar la flor.

Ante el hermoso cuadro
Que ofrece la natura,
Se olvida la amargura
Del más hondo pesar.
Y el corazón absorto
Admira la grandeza
De Dios, que tal belleza
Al mundo quiso dar.

¡Bendita tu llegada,
Hermosa primavera!
La maga placentera

Que ansiosa esperé yo.
Sí, seas bien venida;
Que en tu aromado manto
Mis ojos ven su encanto
Y mi tristeza huyó.

Zaragoza. — Abril de 1855.

La sultana de Alí-Atár

Imitación del árabe

—¿Por qué huiste de mí, sultana mía,
Dejándome en la tienda solitaria?
¿Por qué me arrebataste la alegría
Y cerraste el oído á mi plegaria?

¿No sabes que á tí van mis pensamientos,
Que tengo, de llorar, yerto el semblante,
Y que muero al rigor de mis tormentos
Llamándote convulso y anhelante?

¿Que desgarró mi túnica en pedazos
Desde que nuestra tribu te has huido,
Y que los antes poderosos brazos
Dejan el *yat-hagan* enmohecido?

Nuestra montaña, al escuchar mis penas,
De dolor vacilante se hundiría,
Y nuestras tiendas, de africanas llenas,
En su caída también arrastraría.

Al viento matinal hoy he rogado
Que te cuente mi llanto y mis pesares:
Si le escuchas, y vuelves á mi lado,
Perlas de oriente, te daré á millares.

No te alejes de mí, garza paloma;
Vuélveme mi contento y mi alegría!...
Que allá del monte en la escarpada loma
Nos encuentre la luna, amada mía!

Mira que, si burlases mi esperanza,
Rojo pendón temblará mi mano,
Y asentará la cuja de mi lanza
En las olas sin fin del océano.

Las tribus de tu padre en mi coraje
He de arrollar, con osadía fiera,
Y lavaré la mancha de mi ultraje
Enclavando en su tienda mi bandera.

Que, al paso de mi *Abger*, los alazanes
Con pavoroso asombro se detienen,
Y los fieros, guerreros musulmanes
Ante mis plantas á postrarse vienen.
A mi espada *Dhamí* nadie de frente

Ha podido mirar en la batalla:
Arrolla á los contrarios cual torrente
Y de muertos me forma una muralla.

No hagas al corazón que, palpitante,
Desgarré el pecho que le encierra ahora;
No le vuelvas, sultana, de diamante
Que ternura y amor aún atesora.

Ni riqueza soñó ni nombre cierto;
Solo, el beduino en el combate avanza,
Y escribe en las montañas del desierto
Su valor con el hierro de su lanza.

Tú eres la sola estrella refulgente
Que mi horóscopo alumbra, amada mía.
Ven! De diamantes ornaré tu frente
Y te daré mi guzla su armonía.

Ven á la cumbre del altivo monte;
A las cimas de Hermoun y de Sannir.
Ya la luna ilumina el horizonte;
No prolongues más tiempo mi sufrir.

Si tardas, de tu padre la cabeza
Caerá, cual tu cabeza, á mi furor.
Si vuelves ¡oh, sultana de belleza!
Aureos tesoros te dará mi amor.

Así el árabe dijo: ya bajaba
La blanca luna al encrespado mar,
Y la extensa llanura iluminaba
Do se alzaban las tiendas de *Alí-atár*.

Del centro oscuro de la selva umbría,
Una blanca figura adelantó,
Lanzó el árabe un grito de alegría,
En sus nervudos brazos la estrechó;

Y al trote airoso de su yegua ufana,
Del blandón de los cielos á la luz,
Corre el infiel llevando á la sultana
Medio envuelta en su cándido vernuz

Madrid.—Junio de 1856.

La vuelta de las aves

Venid, mis dulces cantores,
Los de pintado plumaje:
Venid; ya brotan las flores
Y nido á vuestros amores
Dará del bosque el follaje.

Venid, venid, que la fuente
Deshace en perlas su hielo
Al soplo del tibio ambiente,
Y ya de azul transparente
Se viste su manto el cielo.

Ya en su lecho de oro y grana
Ostenta su disco el sol
Al nacer cada mañana,
Y en nubes de filigrana
Se refleja su arrebol.

Venid; que día tras día
Con tierno afán os espero,
Para cobrar mi alegría
Con la dulce melodía
De vuestro canto hechicero.

Porque vuestra amiga he sido
Desde que vi la luz primera,
Y por mulliros un nido
Más de una vez me he perdido,
Siendo niña, en la pradera.

Cuando la escarcha vestía
De cristal el valle umbrío,
A buscaros yo corría,
Y grano y pan os ponía
Sobre los hielos del río.

Y anhelaba la venida
De las aves africanas
Cuando en la estación florida
Lloran su patria perdida
Entre las rosas galanas.

Y eran mis amigos fieles
Los pintados colorines;
Que anidan entre laureles;

Y los lindos pajareles
Que viven en los jazmines.

Venid, pues, dulces cantores,
Los de pintado plumaje;
Que ya renacen las flores
Y nido á vuestros amores
Dará del bosque el follaje.

Y, aunque lejos de mi suelo,
Lloro hace tiempo perdido
Mi alegre y bendito cielo:
No se ha borrado el anhelo
Con que siempre os he querido.

Que, cual antes, impaciente,
Aun, avecillas, os llamo,
Y en la márgen de la fuente
Aun os contemplo riente
Y aún, como entonces, os amo.

Venid, pues, dulces cantores,
Los de pintado plumaje;
Que ya renacen las flores
Y nido á vuestros amores
Dará del bosque el follaje.

Volad, que día tras día
Con tierno afán os espero,
Para cobrar la alegría
Con la dulce melodía
De vuestro canto hechicero.

Madrid.—Abril de 1856.

Las nubes y el viento

Apólogo

El viento.

—Yo soy el rey del mundo, aunque también el cielo
Domino poderoso, cual ínclito señor:
Yo soy el rey del monte, aunque también del suelo
En los profundos antros encierro mi furor.

Si gimo, sollozando laméntase la tierra:
Si canto, alzan las flores su cándido reír:
Yo até los elementos á mi corcel de guerra
Pues hasta el mar osado mi furia hace gemir.

La sierra, el monte, el llano, del bosque la espesura,
La fuente, el arroyuelo, el pájaro y la flor
Mi imperio reconocen y acatan mi bravura
Y lloran, si me irrito, temblando de pavor.

Con truenos y relámpagos combato la osadía
De nubes altaneras que, en densa oscuridad,
El manto azul del cielo envuelven á porfía
Y cubren con su sombra del sol la majestad.

Y henchidas ya sus senos de lágrimas, cruzando
La esfera, van perdidas en loca confusión,
Hasta que en llanto amargo dolientes reventando
Me piden les otorgue la paz y mi perdón.

Las nubes.

—¡Ay, sí! Y en vano, en vano luchar contigo ansiamos
Y hundir eternamente tu omnímodo poder:
Que impávido te burlas del triunfo que anhelamos,
Y al fin tu rabia impía destruye nuestro ser.

Por eso al verte huimos: por eso al ancho cielo
Cubrimos con cenizas que cuenten nuestro afán:
Por eso en llanto amargo se funde nuestro duelo
Y lágrimas mezclamos al hórrido huracán.

Mas hay entre nosotras algunas nubes bellas
Que gozan venturosas de calma y de placer:
Luciéntes, sosegadas, del claro día estrellas,
Ostentan, siempre hermosas, su gracia por doquier.

El cielo azul cruzando, cual hadas vaporosas,
Reflejan en la fuente su mágico arrebol;
Y lucen sus celajes, tranquilas y dichosas,
Los besos recibiendo del refulgente sol.

¿Por qué, dí, tus furiosos respetan su hermosura?
¿Por qué nunca esas nubes tuvieron que llorar?
Ni cuando airado bramas del bosque en la espesura
Sus formas en tu furia pretendes sepultar?

El viento.

—Porque esas blancas nubes serenas é inocentes
Jamás formár supieron granito destructor:
Porque esas blancas nubes su faz muestran rientes
Y nunca encapotaron del cielo el resplandor.

El grande acatar debe lo dulce y amoroso;
El fuerte, la inocencia, la calma y suavidad:
Por eso el rey del mundo, el viento poderoso
Respetar de esas nubes la cándida humildad.

Madrid. — Agosto de 1857.

Melancolía

Cielo, que ostentas blanquecino velo
Sobre tu azul de límpida belleza,
¿Es que te compadeces de mi duelo
Y mi tristeza?

Antes ¡oh cielo! la ventura mía
En tu ropaje de zafir buscaba,
Y riente de cándida alegría
Te contemplaba.

Como á las aves, al nacer la aurora,
Me alegraba tu sol puro y radiante,
Y á tí alzaba también, ave canora,
Mi canto amante.

Cuando de noche con su denso velo,
Tachonado de estrellas, te cubría,
Buscaba ¡ay Dios! con infantil anhelo
La estrella mía!

Todo lo amaba en tí, cielo esplendente!
Tu manto azul, tu sol y tus estrellas:
Te enviaba mi cántico inocente
Y mis querellas.

Ah! ya lo sabes, sí! tu blanco velo,
Durante el día, pesaroso extiendes...
Mi honda aflicción, mi amargo desconsuelo
Cuán bien comprendes!

Llega la noche, y enlutado y triste
No te pones tu manto recamado...
La densa sombra por do quiera te viste,
¡Oh cielo amado!

Ay! tú me dices que la estrella hermosa
De mi dulce esperanza, luz radiante,
Ha negado á mi vida congojosa
Su lumbré amante!

¿Se ha extinguido en el ancho firmamento,
Ó acaso para mí su lumbré pura?
Llena á otro ser de amor y de contento
Con su hermosura?

¿Huyó de mí? Pues deja que mi frente
Se hunda en la tumba, y mis cabellos de oro:
¡Ay! Qué le queda al corazón doliente
Sin su tesoro?

Sonríe ¡oh, cielo! cobra tu belleza,
Tu manto azul, tu sol y tus luceros:
Que otros ojos te miren sin tristeza
Mas placenteros!

Yo, aunque herida de muerte, me consuelo
De otros seres mirando la alegría...
¡Luzca brillante en tu ropaje ¡oh, cielo!
La estrella mía!

¡Mía la llamo, sí! que, aun en la cuna,
En tu puro horizonte la buscaba:
Era hermosa y brillante cual ninguna...
¡Cuanto la amaba!

No le cuentes ahora mis dolores...
Más, al llegar el fin de mi agonía,
Que alumbre con sus rayos brilladores
Mi tumba fría!

Pídeselo por mí; pero, entretanto,
Recobra tu alegría y tu azul puro
Y no, esperando el fin de mi quebranto,
Vistas de oscuro.

¡Ay! Nunca la tendré! Ya solo aspiro
De mi martirio por hermosa palma,
Al dar ¡oh, cielo! mi postrer suspiro,
Darte mi alma!

Cascante de Navarra.—Octubre de 1855.

Un acento de amor

A mi querida amiga Victorina

Sensitiva de cáliz delicado,
De las flores nevada mariposa,
Ave tierna de canto enamorado,
De amantes sueños ilusión hermosa:

Perdona que en extraños horizontes
No te haya conocido, Victorina:
Nuestros cielos separan altos montes
Y el corazón la dicha no adivina.

Mientras golondrinas de este suelo,
Nuestros cantos errantes van perdidos;
¡Ay! ¿Por qué nos ha dado el rey del cielo
En tierras tan lejanas nuestros nidos?

Tórtolas ambas de diversos climas,
No recrean tus ojos mis estrellas,
Y del mar bramador las hondas cimas
Tragan, sin que las oigas, mis querellas.

Ora, que tu bendito canto ha roto
De tu existencia juvenil el velo;
A Dios dirijo mi ferviente voto
Para que á entrambas nos cobije un cielo.

Oye, en tanto que llega esa ventura,
Y guarda con amor en tu memoria
La narración de mi existencia oscura
Y de mi vida la sencilla historia.

Besar, amar, cantar. aquí se encierra
Lo que hice yo cruzando mi camino
Desde que en un valle de mi hermosa tierra
Mis ojos a la luz abrió el destino.

Cantar en la pradera entre las flores;
Mirar la faz de la modesta luna:
Escuchar á los pardos ruisseños
Y á la Virgen rezar desde mi cuna.

Besar á mis hermanos pequeñuelos
Que, al verme, sonreían vagamente;
De las aves formar á los polluelos

Nidos de flores en la siesta ardiente.

Esta mi infancia fué: cuando luciendo
Vi mi décimasexta primavera,
La madre de Jesús vio sonriendo
Aun en mi corazón la paz primera.

Más mi pupila azul se entristecía:
Perdían mis mejillas sus colores;
Voraz afán mi vida consumía
Sin saber nombre dar á mis dolores.

Y una noche, soñando, ví bajaba
La bella y dulce emperatriz del cielo
Que, dándome una lira, murmuraba:
Canta, hija mía, y cesará tu anhelo.

*Más canta á la virtud, jóven María,
No á las pasiones de la raza humana,
Que yo de tus cantos prestaré armonía
Y mantendré tu inspiración lozana.*

De entónces, Victorina, yo he cantado,
Débil y triste; sí; más con reposo:
Soñaba en el amor apasionado
Y, oyendo mi cantar, me amó mi esposo.

Al verle, descifré la sed ardiente
Que mi seno de niña torturaba,
Y cuando suya fuí, leyó en mi frente
Que, antes de conocerle, ya le amaba.

Hoy, cual tú, esposa soy; y aunque he dejado
La floresta feliz, donde he nacido,
De rezar y cantar nunca he cesado:
Amar aún sé mejor, y al cielo pido

Que, cual palmeras que en lejano suelo
De amor estrechan los eternos lazos,
Confunda nuestras almas con anhelo
Hasta que logre verte entre mis brazos.

Madrid. — Febrero de 1857.

Un suspiro a mi cielo

¿Dó estás, dorada cuna de mi infancia,
Suelo querido, donde abrí los ojos?
¿Dónde está de tus flores la fragancia
Y de tu sol los resplandores rojos?
Yo lloraba en mi cándida ignorancia
Creyendo en tus jardines ver abrojos
Y... ¡hoy te envío mi canto de tristura
Recordando tu espléndida hermosura!

¡Ah! ¡Quién me diera ver un solo día
Tu cielo azul y tu tranquila luna,
Mirar de tus praderas la alegría
Y tus flores besar una por una!
¡Oh! ¡Quién me diera ver la selva umbría
Y las aguas mirar de la laguna
Do reflejan las límpidas estrellas
Con tímido fulgor sus luces bellas!

¿Dónde estáis, bosques frescos y floridos
En que, al pié de los sauces tembladores,
De la tórtola oía los gemidos
Y el trino de los dulces ruiseñores?
Frondosos olmos, dó formaba nidos
Abrigo de los pájaros cantores,
¡Cuántas veces! ¡ay, Dios! recuerdo ahora
Vuestra sombra apacible y bienhechora!

El estrecho aposento en que velaba
Escribiendo mi pobre poesía;
El crucifijo que á los pies estaba
Del blanco lecho donde yo dormía;
La péndola que lenta señalaba
Las largas horas de la noche umbría;
La lámpara que ardía dulcemente
Iluminando mi tranquila frente:

El ramo humilde que, al cruzar el prado,
Cortaba en el paseo matutino
Y que, en un ancho vaso colocado,
Me daba su perfume peregrino;
El pez que se movía aprisionado;
De mi pintado jilguerillo el trino,
Y la yerba nacida en mi ventana
Que entre las grietas renacía ufana:

Todo vive indeleble en mi memoria
Como en los días de mi edad primera;
¡Dulces recuerdos de mi dulce historia!
¡Flores de mi tranquila primavera!
¿Qué vale ya mi suspirada gloria?
Ante vosotras pálida quimera
Es el verde laurel que en lontananza
Columbraba entre nubes de esperanza.

Solo hay un meteoro que oscurece
Vuestra cándida luz consoladora:
Todo esplendor ante la luz perece
De esa radiante antorcha brilladora.
Así como la luna desaparece
Cuando el hermoso sol al cielo dora
Os domina el inmenso poderío
Del amor que atesora el pecho mío.

¡Amor! Suave y ardiente fantasía,
Sublime, vaporosa y encantada!
Embriagadora y dulce melodía,
Selva escondida del placer velada!
Fuente azulada donde el alma mía
Va su sed á saciar enagenada!
Centella de los cielos desprendida
Para consuelo de la humana vida!

¡Amor! Ser de mi ser! Esencia pura
De todo cuanto bueno en mí atesoro!
Origen de mi fé, de mi ternura!
Sonrisa dulce de mi triste lloro!
Ídolo de magnífica hermosura
A cuyas plantas sacrifican oro,
Gloria y poder los orgullosos hombres
Y hasta los timbres de sus claros nombres!

Ante tí se adormecen las memorias
Que me fueron mas gratas otros días;
Para mí son las dichas ilusorias
Si no emanan de tí mis alegrías,
Muertas mis esperanzas, transitorias;
Heladas mis creencias y sombrías...
Mi amor, mi patria es, mi luz, mis flores;
¡Dios bendiga al amor de mis amores!

Madrid. — Febrero de 1856.

A la Virgen

Plegaria

Virgen madre de Dios, reina del cielo,
Tú, que calmas el mar con dulce risa,
Y de flores sin fin cubres el suelo
Y colores les das, aroma y brisa;
Tú, madre mía, cuyo santo anhelo
El llanto equiparó con la sonrisa:
Palmera de Judá, paloma pura,
Prodigio de bondad y de hermosura:

Tú, que alumbras los bosques con la luna
Y los pueblas de pájaros cantores,
Y alegras á los niños en la cuna,
Si las madres te envían sus amores:
Tú, que das el cristal á la laguna
Y armonía á los pardos ruiseñores,
Presta ¡oh tú, luz de mi amor! al arpa mía
Un canto de esperanza y de alegría.

Mira, señora, que el veneno impuro
Del hastío fatal abre honda herida;
Que el mundo llama á su destino *oscuro*,
Y acorta al plazo de su breve vida.
Llama al trabajo *aborrecible* y *duro*:
El padre amante tórnase en suicida,
Y cada instante ve tu sol bendito
Hundirse en los infiernos á un precito.

Amargo llama al pan el hombre loco;
Oscuro al cielo, de tu planta alfombra;
Y aun le parece que le ofende poco
Si, en sus impías quejas, no te nombra.
—Solo miseria con mis manos toco!—
Dice el ingrato, y con su propia sombra
Se irrita, se golpea y se enfurece
Y cada día su locura crece.

—“¡Pobre soy!”—dice el pobre;—“¡pobre he sido”;
“Pobre seré mientras en la tierra viva”:
“Para las privaciones he nacido
“Que lo dispuso así mi suerte esquiva.
“¿Qué más mérito, ¡oh, Dios! habrá tenido
“Ese magnate que, en carroza altiva,
“Va luciendo su tren y su opulencia
“Con su lujo insultando mi indigencia?”

”¡Si hay una gloria, como algunos dicen,
“Dos glorias obtendrán los poderosos:
“Más los que, como yo, tristes maldicen
“Sus enlutados días, dolorosos;
“Aquellos, cuyas vidas se deslicen
“Por áridos caminos, pantanosos,
“Infierno allá tendrán y aquí otro infierno:
“Aqueste temporal, aquél eterno!

“En maldecir y odiar, la vida nuestra,
“Día tras día, ennegrecida pasa,
“Mientras el rico, con potente diestra,
“Favores puede hacer y bien sin tasa.
“Los suyos le bendicen, él se muestra
“En el umbral de su opulenta casa,
“Y ve en derredor tanta alegría
“Como yo veo luto y agonía!—”

“Y el rico, en tanto, clama:—¡Estoy hastiado!
“Nada á mi paladar dice la mesa:
“De lujo y de presas abrumado,
“La amistad, el amor, todo me pesa!
“De gozar y vivir va fatigado
“La sien, marchita, en sus latidos cesa,
“Y yerto el corazón, en triste calma,
“Dormida siento para siempre el alma!”

“¡Feliz el pobre que, al trabajo asido,
“No tiene tiempo que alegar el tedio!
“¡Que el mundo encuentra bueno y divertido
“Y halla siempre á su afán grato remedio!
“Que come pan, y que, á su esposo unido,
“Para vivir y amar encuentra medio,
“Y halla fé, y esperanza, y alegría,
“Y estrella á la noche, y luz al día!—”

¿Quién, hermosa señora y dulce madre,
Razón ha de tener, en la ardua lucha?
¿Qué quejas oirá el Eterno Padre,
Y qué gemidos su bondad escucha?
!Ningunos, bien lo sé! No hay á quien cuadre
La suerte suya, y la piedad es mucha
Del Supremo Hacedor que, en queja tanta,
No los convierte en polvo con su planta!

¡Impíos! ¿Qué queréis? ¿Nunca á los cielos,
Ingratos, levantaiis la sien profana?
¡Ved de la noche los flotantes velos

Y la radiante luz de la mañana!
¡Pedid á la oración santos consuelos,
Que dar no puede la grandeza humana.
Y, pues alma tenéis, de Dios hechura,
En Dios buscad la paz y la ventura!

¡No la dejéis morir, los opulentos!
¡No, entre goces, matad la inteligencia,
Y huireis del hastío los tormentos
Y guardaréis la paz de la conciencia!
El que formó los rudos elementos
Un alma os dió, que, de su esencia,
Al seno volverá que la ha creado,
Si su inocencia y paz habéis guardado.

—¡Trabajad, poderosas! Las naciones,
En su incesante movimiento, gimen:
Buscad consoladoras emociones
Los males en menguar que os oprimen.
Miseros hay doquier, y hay corazones
Que con una limosna se redimen
Del poder de Satán, que á bien se lanza
Aquel á quien sonrío la esperanza.

Y vosotros, los pobres desgraciados
Que la vida mirais yerta y sombría,
Elevad vuestros ojos fatigados
A la plácida imagen de María.
Vosotros sois sus hijos bien amados;
Y ella es madre de paz y de alegría
Que enjuga, con los pliegues de su manto,
Del pecador contrito el dulce llanto.

¡Hay otra vida, sí! Tras ese cielo,
Do brilla escrita la palabra *gloria*
Con estrellas sin fin, guarda su anhelo
La corona del triunfo y la victoria.
—”¡Hijos míos!”—os dice:—¡por vosotros velo!
“¡Hijos míos, la vida es transitoria!
“Y yo en ella padecí dolor profundo
“¡Y era la madre del Señor del mundo!”

“¡Rezad y amad, que la paciencia santa
“En la piedad y en el amor estriba!
“Las tentaciones, la oración quebranta
“Y el alma enamorada al mal esquiva.
“¡Esperad en mi amor! Bajo mi planta
“Tengo sujeta la cabeza altiva

“Del infernal dragón, y sin mi ayuda
“No os defenderá á quien ni seno acuda!—”

¡Sí, yo te escucho, celestial señora!
En tu cándida boca la alegría
Tiene su asiento, y el que fiel te adora
Jamás la vida encontrará sombría.
Tu grata risa al firmamento dora,
Las celestiales arpas melodía
Aprenden de tu voz, y de tu acento
Suspendidos están mar, tierra y viento!

La vida es buena, porque tú has vivido:
Tú el amor maternal embelleciste:
Los dardos, que nos hieren, te han herido,
Y, cual nadie padece, padeciste.
La vida es buena: si el mortal perdido
Sus horizontes con tinieblas viste,
Es que no busca tus celestes ojos
Para calmar su pena y sus enojos.

La vida es buena: si el bien se emplea,
Resbala alegre en la modesta casa;
Risueña corre en la pajiza aldea;
Vuela feliz, si en la opulencia pasa.
El que extinguir la en su rencor desea,
El que en jungla de placer escasa,
Su propio corazón ha destrozado
Y en el pecho, por fin, se le ha secado.

Virgen madre de Dios, reina del cielo,
Tú, que calmas el mar con dulce risa,
Y de flores sin fin cubres el suelo
Y colores les das, aroma y brisa:
Tú, madre mía, cuyo santo anhelo
El llanto equiparó con la sonrisa:
Palmera de Sión, paloma pura,
Prodigio de bondad y de hermosura:

Tú, que alumbras los valles con la luna
Y los pueblas de pájaros cantores,
Y alegras á los niños en la cuna
Si las madres te envían sus amores:
Tú, que sus aguas das á la laguna
Y armonía á los pinos tembladores,
Grita ya con tu boca bendecida:
—¡Ingratos, esperad! ¡Hay otra vida!—

Un milagro es preciso, virgen pura,
Para que el mundo á revivir empiece:
Salga en socorro suyo tu ternura
Pues le amaga el castigo que merece:
Opón tu dulce voz á su amargura,
Que, en ondas bravas, desbordada crece,
Y dile, en fin, con celestial pujanza:
—¡Vive para el amor y la esperanza!—

Madrid.—Septiembre de 1859.

A mi lira

¿Por qué te abandoné? ¿Por qué, inclemente,
Plácida y dulce compañera mía,
No te acaricio ya, cual otro tiempo,
Y te dejo olvidada tantos días?

Yo te encontré en el valle una mañana
De la copa de un árbol suspendida,
Y, al verte, me detuve á contemplarte
Con mi inocente candidez de niña.

Una paloma de color de cielo
En las ramas del árbol se cernía
Y llevabas la frente coronada
De blancas y rosadas campanillas.

De improviso, sentí de dulce llanto
Inundarse mis cándidas pupilas,
Y al corazón que, en mi inocente pecho,
Con extraño latir se estremecía.

Y era que con sus alas la paloma
Acarició tus cuerdas peregrinas;
Y un sonido lanzaron que á mi alma
Dijérale un mundo de contento y vida.

Vi entreabrirse los cielos: los querubes,
Que el trono de la Virgen circuían,,
Entonaron un himno de amor lleno
Que mi entusiasta corazón bebía.

Éxtasis fué que reveló á mi alma
Que hay otro mundo de ventura y dicha;
Y á la madre de Dios vi que, risueña,
Entre nubes al valle descendía.

Desprendiéndote del árbol: en mis manos
Púsole al fin con celestial sonrisa,
Y me dijo con voz, que, desde entonces,
En el fondo quedé del alma mía:

—«Esta es tu compañera: para siempre
Consérvale tu amor, hija querida,
Y no desprendas de su frente humilde
Esa corona de altivez sencilla.»—

«Toda la dicha, que en tu vida cabe,
Te la ha de dar tu enamorada lira,
Ecos de bendición son sus acentos
Ó dulces ecos de alabanzas mías.»—

Dijo, y desapareció: su voz celeste
Yo escuché, prosternada de rodillas.
Y, al alejarme, te tomé en mis brazos
Como á una tierna y cariñosa amiga.

Cuando, á la tenue luz de las estrellas,
Me trajo el sueño arrulladora brisa,
Suspendida quedaste de mi cuna
Y mi sueño encantó tu compañía.

Cambióse mi destino: á todas partes
Conmigo te llevé, mi dulce lira,
Y en tí buscaba mi consuelo solo,
Si el dolor me agobiaba ó la vigilia.

De duelo y de pesar eran tus ecos
De mi vida en las páginas sombrías;
Y con ecos de amor y de esperanza
Celebrabas, alegre, mi sonrisa.

Mas luego te olvidé: que me dijeron
Que el mísero metal compra la dicha;
Y oíste al oro, en estridentes sonos,
Que de tu casta sencillez reía.

Por eso enmudeciste: yo, en mal hora
Atenta á contemplar el ansia impía
Con que corren los míseros humanos
A gozar el festín que llaman vida,

De tí me separé: vi tu corona
A mis plantas caer seca y marchita ,
Y te quedaste, encanto de mis ojos,
Silenciosa, olvidada y abatida.

¡Ay! También mi corona de ilusiones
La dura suerte convirtió en ceniza,
Y el loco mundo, que miraba ansiosa,
Mi triste frente coronó de espinas!

Y allí, en la cabecera de mi lecho,
Tú me has visto doblar la sien herida ;

Tú me has visto llamar tiempos mejores
Y has recogido las plegarias mías.

Hoy me vuelvo á tu amor: ingrata he sido,
Ingrata para tí, mi dulce amiga;
Pero yo te prometo para siempre
En el alma guardar tus melodías.

Horas serán de afán las que consagre
Al rudo empeño de ganar la vida:
Las horas de dolor, serán la prosa;
Las horas de placer, la poesía.

Vivirás para mí; y en amor santo
Volveremos á estar por siempre unidas,
Que solo con amor pagar podemos
Los dones que los cielos nos envían.

Cantemos á las madres y á los niños:
Cantemos del amor la luz bendita;
Cantemos la virtud, la paz del alma....
Y Dios recogerá nuestra armonía.

Y en vez de la corona que perdiste
Cuando te abandoné, mi pobre lira,
En tu frente pondré el nevado velo
Que mi frente ciñó, cuando era niña.

Y entre el ténue tejido de su gasa
Brotarán los amores, las sonrisas
Y de la infancia los halagos puros
Que irán á acariciar tu sien marchita.

Cuando juntas cantemos, en sus pliegues
Dejarásme ocultar con alegría,
Y detrás de mi velo de inocencia
Quedarán las tormentas de la vida.

Madrid.—Septiembre de 1859.

A un ramo de violetas

Sonrisa sois de los cielos,
Al brotar sobre la tierra,
Para anunciar la venida
De la hermosa primavera.

Aun el hielo cubre el río,
Y aun se escucha en la floresta
El aquilón irritado
Que en los árboles se estrella,

Cuando, nuncios de consuelo
Y de amores mensajeras,
Asomais entre el follage
La ruborosa cabeza.

¡Vírgenes de los jardines!
¡Luceros de la pradera!
¡Del cielo de mis amores
¡Dulces y puras estrellas!

Vosotras que, ante mis ojos,
Ofrecéis vuestra belleza
Cuando en la noche sombría
Agitada el alma vela:

Vosotras, de la cantora
Amigas puras y tiernas,
Que le dais solaz, perfumes
Y compañía halagüeña:

Decid á quien os envía
Á divertir mi tristeza,
Lo que es para el pecho mío
Vuestra aromada presencia.

Recoged mis pensamientos
En vuestra corolas bellas,
Y decidle que son todos
Para pagar su terneza.

Mis pobres inspiraciones,
Mis ensueños de poeta,
Los cantos, que doy al mundo

Para que calme sus penas,

Valen más, cuando vosotras
Ostentáis sobre mi mesa
Vuestro dulce colorido
Y vuestras galas modestas.

Vuestro perfume es corona
Que se ciñe á mi cabeza,
Y en invisible rocío
Mis tristes sienes refresca.

¡Ah! No murais, pobres flores!
¡No así la corola bella
Inclinéis, víctimas tristes
De mi egoista terneza!

¿Acaso, decid, es cierto
Lo que, crueles, aseveran
Los filósofos impíos,
Los que del amor blasfeman?

¿Es cierto que el amor puro
La felicidad nos cuesta
Y que nunca encuentra pago
En la desdichada tierra?

¿Es verdad que un beneficio
Jamás halla recompensa,
Y que el corazón humano
Tan negro egoísmo encierra?

¡No! Del vendaval furioso
Os libró la ruda diestra
Del sencillo jardinero
Que del tallo os desprendiera.

Quizá, al rigor de su furia,
Hubierais muerto deshechas,
Y arrebatadas en alas
De la implacable tormenta.

Y una mano bienhechora
Os trajo sobre mi mesa
Para ceñir de perfumes
Mi fatigada cabeza.

Yo con amor conservaba

Vuestra frágil existencia,
Y una tumba primorosa
Os guardó, después de muertas.

Más la ley de lo creado
Que obedecemos es fuerza,
Que todo en el mundo muere,
Todo... ¡hasta las flores bellas!

¡Dichosas, sí! Muy dichosas,
Que, al morir puras y frescas,
Son aromas vuestras almas
Que hacia los cielos se elevan.

Mientras vivís en el mundo
Inocentes y modestas,
Sois encanto del que sufre
Y de puro amor emblema.

Consuelo dais á los tristes
Que vuestra vida conservan,
Y por gala de las tumbas
Se busca vuestra presencia.

¡Ah! Cuando rompa sus lazos
El alma mía, que opresa
Gime en la cárcel del cuerpo
Que los dolores enervan;

A mis ardorosas sienes
Quiero que, en corona fresca,
Os ciñan, flores queridas,
Como mis galas postreras.

No entre cabellos de plata
Luciréis vuestra belleza,
Que aún serán de oro mis rizos
Cuando en mi sepulcro duerma.

Madrid. — Febrero de 1860.

Estrellas y luceros

Balada.

I.

Era una noche tranquila
De las hermosas de Mayo;
De esas que al alma transmiten
Un indefinible encanto.

Acariciaba la luna
A las flores con sus rayos,
Y la fuente murmuraba,
Y susurraban los álamos.

Al pie de un sauce frondoso
Y al puro cielo mirando
De hinojos está una niña
De rostro sencillo y cándido.

Niña que deja se escapen,
Sin poder quizá evitarlo,
Dos lágrimas de sus ojos,
Y estas frases de sus labios:

II.

—¿Qué sois, blancas estrellas,
Que el alma mía
Olvida, al contemplaros,
Ventura y dicha?
¿Qué sois, estrellas,
Que así el corazón mío
Llenáis de pena?

Sois medrosas y tímidas,
Luces brillantes...
Quizá seréis los ojos
De los arcángeles:

Más ¿por qué gimo
Cuando a miraros vengo?
¿Por qué suspiro?

Los luceros dorados
Danme alegría,
Que su esplendor risueño
Mi alma ilumina

Cuando, a la aurora,
Aparecer los miro
Tras parda loma.

Y cuando de la noche
Las sombras llegan
Parece me sonrío
Su faz serena.
¿Por qué del alma,
Estrellas tembladoras,
Me arrancáis lágrimas?

¿Qué misterio se esconde
En ese cielo
Que el contento me envía
Con sus luceros?
¿Qué encanto tienen
Las plácidas estrellas
Que me entristecen?

III.

Calló la niña, la frente
Sobre su seno doblando,
Y de la selva sombría
Salió un venerable anciano.

Su austera y noble figura
Cubría un ropaje blanco
Y así respondió a la niña
Con acento dulce y blando:

—Dios escribe con estrellas
La historia de los humanos
Cuando el dolor los aflige
En el mundo desdichado.

¿Ves allá, tras la montaña,
De luces un grupo vario
Que en la fuente se reflejan
Con tan misterioso encanto?

Es la historia de una madre
Que perdió a su hijo adorado
Y pasa su vida triste
Sobre una tumba llorando.

Y ves, más lejos, radiante,
Por mil estrellas formado,

Un corazón que entristece
Tus ojos, al contemplarlo?

La desdicha simboliza
De una mujer, que rezando
Curó del amor las llagas
Que su pecho desgarraron.

Por eso, niña, por eso
Brotó en tus ojos el llanto
Al contemplar las estrellas
Que el cielo azul van bordando.

El alma entiende los signos
Que de Dios forma la mano,
Porque es de los cielos hija
Y viajera va llorando.

¿Y sabes por qué contento
Dan los luceros dorados
Al alma tuya, que amante
¿Se sonríe, al contemplarlos?

IV.

Porque ellos, los beneficios
Del mundo simbolizando,
Brillan en el firmamento
Alegrando a los humanos.

De practicar el bien, niña,
Jamás se canse tu mano,
Que a cada acción meritoria
Brotó un lucero dorado.

Y cuando subas al cielo,
El Hacedor soberano
De esos luceros brillantes
Tu corona habrá formado.

V.

Volvióse la niña hermosa
Para mirar al anciano,
Más desaparecido había
Y un grito brotó en sus labios.

—¡Dios! —exclamó: —Dios ha sido
Quien aquí mismo me ha hablado:

Él los divinos misterios
Me explicó del cielo santo.

Pegó a la tierra su frente,
Sumida en éxtasis plácido,
Y ya la luz de la aurora
Iba el cielo iluminando,

Cuando la niña, volviendo
De su místico letargo,
Clavó en el cielo brillante
Sus ojos bellos y cándidos.

—¡Adiós, pálidas estrellas!—
Murmuró su dulce labio.
—Cada noche de mi vida
Os contemplaré rezando.

¡Bien llegadas, bien llegadas
Las penas que el mundo ingrato
Quiera enviar a mi pecho
¡Si Dios me las va contando!

Yo haré tantos beneficios
En la tierra a mis hermanos,
Que más que tristes estrellas
Veré luceros dorados.

Toledo.—Abril de 1860

Nise

Balada.

I.

— ¿Por qué, mi madre,
A la montaña
No queréis suba
Otra vegada?
Allí hay tomillos,
Y flores blancas,
Y verde pasto
Para mis cabras,
Y está la fuente
Do una alborada
Vi al caballero
Que iba de caza.

II.

— Nunca más subas,
Hija del alma,
Hacia la cumbre
De la montaña.
Del hondo valle
Flor nacarada,
Goza a mi lado
Tu dulce calma.
Los cazadores
De la alborada
Hoy han pasado
Por la cabaña.
¡Guay de ti, niña,
Si a verte alcanzan!
Son gavilanes
De horribles garras
Que a mi paloma
Me devorarán!

III.

El eco triste
Aun resonaba
Con que la madre
Tal razonara,
Cuando ya Nise,
Desatentada,

Subía ansiosa
Por la montaña.
Un caballero
Se divisaba
Cabe la fuente
Límpida y clara.
— ¡Mi caballero!
— ¡Nise del alma!
Estos dos gritos
Entrambos lanzan
Mientras en sus brazos
Él la estrechaba.

— ¡Sus, mis monteros!
La cavalcada
Hacia la villa
Enderezadla.
¡Sus, caballeros
De mi mesnada!
Pronto al castillo
Que ya mi caza
En estas tierras
Queda acabada!

IV.

— ¡Hija querida
De mis entrañas!
¡Oh, cuál te encuentro,
Luz de mi alma!
¡Flor de los cielos,
Niña adorada!
¿Por qué has subido
A la montaña?
Tórtola dulce
De la enramada,
Vuelve a tu nido
A hallar la calma,
Ven: ya se fueron,
Paloma blanca,
Los cazadores
Que te acosaban.

Así decía
La pobre anciana

Junto a su Nise
Que yerta, helada,
Yace tendida
En la montaña.

V.

¡Madre infeliz!
¡Desventurada!
¡Solo un cadáver
Hay a tus plantas!

— ¡Murió de frío!
¡Hija del alma!
Dice llorando
La pobre anciana.
— Hacia tu seno
Pura la llamas...
¡Gracias, Dios mío!
¡Quién la librara
Del caballero
De la mesnada
Siendo su madre
Ciega y anciana!

VI.

¿Quién causó a Nise
La muerte amarga?
¡Siempre lo ignore
Su madre santa!

Hoy en la cumbre
De la montaña
Una flor bella
Crece lozana.
De la pastora
El alma cándida
Fue convertida
En pasionaria!

Madrid. — Septiembre de 1856.